

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre **1,50** pesetas.
—Ultramar y Extranjero, **10** pesetas año.—Número suelto, **10** céntimos.—Atrasado, **25**.—Corresponsales, 25 números, **1,50** pesetas.

MI OPINIÓN

¿Que si apruebo el que dejen de pagarse los impuestos?

No; pero como así se perturba hoy á los monárquicos, me alegro mucho.

¿Que si no advierto que, sabiendo los comerciantes que pueden esgrimir con éxito el arma esa, la esgrimirán mañana contra nosotros, si la República viniese?

Si que lo advierto; mas, como ya he dicho en otra ocasión, debería tenernos completamente sin cuidado. Les anunciábamos con tiempo que el día del cierre íbamos á dejar en libertad al pueblo soberano para proveerse de comestibles, ropas, telas y utensilios sin intervención de jueces ni fuerza pública, y habría contribuyente que vendría de rodillas á rogarnos que le hiciéramos el favor de admitir el importe de veinte trimestres adelantados.

Por esto me alegro de lo de hoy, y no me preocupo de lo de mañana.

A PEPE NAKENS

(CARTA ABIERTA)

Querido amigo y colega: Tu pensamiento de reunir fondos para emprender una enérgica propaganda revolucionaria, lo mismo en Madrid que en provincias, me ha parecido muy bien. El enervamiento que sufre el partido republicano, ya más de veinte años, necesita de algo que le despierte, que le vivifique, que le ponga en acción y le dé energías si queremos verle como en otros tiempos en que disponía de fuerzas y prestigios de que hoy carece. Necesitamos volver á los tiempos de 1871, cuando aún no había perturbado nuestras filas aquella invasión monárquica de excimbríos, examadeistas y exprogresistas-democráticos que se nos metieron por nuestro campo para dividirnos y perturbarnos. Un partido cuyos hombres no tienen unidad de procedencia no puede llegar á un programa común que le sirva de bandera. Sin esta unidad la vida de los partidos es siempre efímera. Por esto, amigo Pepe, necesitamos iniciar un nuevo período de propaganda que lleve hasta la más apartada aldea perfectamente definida nuestra finalidad, lo que haremos en el poder, hasta donde ha de ir la República y qué hemos de hacer del presupuesto de Hacienda, porque esto, sobre todo, es lo urgente. El pueblo quiere saber cómo y entre quienes se va á repartir lo que cobra el fisco, pues cuando existen 1.700.000 fincas embargadas, porque sus dueños no pueden pagar la contribución; cuando ve que no tiene escuelas, ni marina mercante, ni caminos, ni canales de riego, ni bancos agrícolas, ni cajas para obreros, ni montes de piedad con carácter benéfico, no se resigna á ver con paciencia los despilfarros que se hacen en los departamentos oficiales. Después quiere saber también bajo qué bases hemos de organizar la enseñanza, cómo ha de vivir la República con la Iglesia, qué vamos á hacer de esos 36.000 jefes y oficiales y de esos 600 generales que nada hacen; cómo resolveremos la cuestión social en los campos y en el taller, y los alcances que tenga nuestra descentralización administrativa, nuestra división política y nuestra constitución definitiva, en el interior como en el exterior de España.

El libro es caro siempre, no lo puede comprar el obrero y es inútil pensar en ediciones numerosas de obras de propaganda; el periódico no basta al fin indicado, y es necesario apelar á las reuniones, á las juntas, á los clubs, á los teatros, á los círcos, á todas partes donde pueda congregarse al pueblo para hablarle, educarlo en lo que será la República, para decirle por qué la deseamos y cómo puede venir. También para esto hacen falta fondos. Pero siempre en menor escala que para la propaganda por libros y periódicos. Tú has tenido el acierto de iniciar la impresión de unos sellos de á 25 céntimos que, emitidos entre todos los republicanos que nos secundan, podría reunirse una suma bastante á costear los gastos de la propaganda oral.

Pero ¿crees tú, amigo Pepe, que la emisión de estos sellos te dará resultado? Dirás que sí, y en esto no estamos conformes. Los republicanos actuales han perdido su entusiasmo y no dedican un céntimo á lo que con la propaganda se relaciona. El tiempo me dará la razón. Fuera de un gran puñado de los buenos, de los que siempre responden á todo llamamiento que se les hace en pro de nuestros ideales, los demás no se darán por enterados. Aparte de que muchos, y los más «pudientes», se han anticipado á comprar la chapita del Corazón de Jesús por complacer unos á sus esposas, á sus madres o hermanas, y otros por no disgustar á las «personas de viso» con quienes quieren vivir en paz; la mayoría de ellos son republicanos platónicos incapaces del menor sacrificio por las ideas. Conozco muchos en provincias, diputados provinciales, concejales, alcaldes, jueces municipales, que, con el escapulario en el cuello, son los primeros en todas las procesiones, llevan sus hijos á educar á los colegios de los Padres de la Compañía de Jesús, dejan que sus hijas y mujeres se confiesen semanalmente, y ellos mismos no tienen reparo en arrodillarse ante uno de esos «ganapanes» que han venido huidos de Filipinas. En provincias, diputados y concejales republicanos votan en los presupuestos de la provincia y del municipio cantidades para misas, funciones de iglesia ó centros de enseñanza por los frailes, en tanto que dejan morir á los enfermos, á los ancianos, á los niños de hambre en los asilos de beneficencia, abandonados hoy á beatas y religiosos monacales. Tienes el ejemplo de lo que se hace en Logroño, en Pamplona, en Córdoba, en Badajoz y en Madrid mismo, donde se compran ternos de damasco galoneados de oro puro para el culto de los hospitales y no se les puede dar leche á los enfermos, ni vino á los convalecientes, porque el proveedor que suministra los alimentos se niega á darlos; en vista de que no le pagan los que han dado en varios años. Es más, las iglesias y conventos que se levantan en provincias, que no son pocos, costeados aparecen, y no con pequeñas sumas, por multitud de esos republicanos que se llaman correligionarios nuestros; ¿No sabes tú todo eso? ¿Te he decir los nombres de estos ca-

nallas republicanos, cuando has dado listas de ellos en las columnas de El Motín?

Te referiré un hecho, ya olvidado de nuestros correligionarios, y concluyo.

En 1859 los reaccionarios mataron de un trabucazo á don Tomás Brú, modelo de los más entusiastas republicanos y jefe de los de Murviedro (Valencia). Los redactores del periódico «La Discusión» iniciaron una suscripción para socorrer á las hijas de Brú, huérfanas y desvalidas de toda protección. Seis meses estuvo publicando el diario republicano (entonces éramos demócratas porque no era legal la República) las listas de los que contribuyeron á la suscripción, que se cerró con la suma de 18.000 duros. Es de suponer que en 1859 éramos menos los republicanos de España que hoy. Pues bien; aquella suma de 18.000 duros la dieron 61.600 republicanos.

Te respondo desde este momento que, por los sellos, y aun tratándose de un fin más alto ahora, no se reunirá ni la mitad de lo que para las huérfanas de don Tomás Brú apareció en «La Discusión» de 1859.

Y no quiero hacerte comparaciones. Acaso después de ver el resultado que tiene la emisión de los sellos, tenga que decirte lo que hoy me reservo, por vergüenza que siento al tener que hacerlo algún día público.

¡Ojalá yo me engañe! Lo celebraría muchísimo. Sabes cuanto te quiere tu amigo

Nicolás DÍAZ y PÉREZ

Madrid 9 de Mayo de 1900.

RESPUESTA

Querido amigo Nicolás: Aspirar á que los republicanos tengamos unidad de procedencia y un programa común, me parecería la peor manera de perder el tiempo, si no lo fuese ya la idea, que también lanzas, de iniciar un nuevo período de propaganda para decirle al país á dónde vamos y qué haremos.

En primer lugar, por qué si en 32 años que llevamos diciéndoselo no lo ha aprendido, ó él tiene malas entendederas, ó nosotros no servimos para hacernos entender; en segundo, porque como la casa está ardiendo, lo urgente es apagarla, no lo preocuparnos de lo que haremos en ella después para reparar los desperfectos; y en tercero, porque el país, á quien tantas veces se ha engañado ofreciéndole lo que no se le ha cumplido, se muestra indiferente á todos los programas, y sólo se dejaría arrastrar ó imponer por actos que revelasen energía, virilidad, abnegación. De esto es de lo que está ansioso, no de promesas que jamás ve realizadas.

Los programas, además, tienen valor ó no, según la confianza que inepiran los hombres que los sustentan. Un ejemplo. El de las Cámaras de Comercio viene á ser, casi en su totalidad, el que los republicanos hemos propagado durante 25 años, sin que el país nos haya hecho maldito el caso. Nos lo copian ahora, lo aderezan, lo exhiben, y la opinión se fija en él, y lo acoge. ¿Por qué? Porque lo lanzan valientemente, haciendo de él arma ofensiva contra lo presente, no ofreciéndolo como solución concreta para lo porvenir; porque se mueven, hablan, toman resoluciones, se exponen á ir á la cárcel, mientras nuestros hombres se han contentado con escribirlo, sin hacer nada por llevarlo á la conciencia pública, creyendo sin duda que es cierto el antiguo refrán de que el buen paño en el arca se vende.

Los programitas! No ha tenido la monarquía auxiliar más valioso. Mientras nosotros hemos discutido sus excelencias, tirándonos por ellos los trastos á la cabeza, ella ha continuado tranquila su marcha hasta tropezar en Cavite y Santiago de Cuba. ¿Y quieres que volvamos á empezar, y á ir de pueblo en pueblo, Dulcamaras fra; casados, pregonando las virtudes del elixir que en un cuarto de siglo nadie ha querido? Sería un bromazo muy fuerte que nos daríamos á nosotros mismos; no al país.

¿Que si vamos á seguir con los brazos cruzados? Claro es que deberíamos hacer algo, porque ni la Unión pendiente se pacta, ni aún pactándose daría los frutos apetecidos. Ese molde de las uniones con Asamblea caciquil, Programa discutido, Junta de compadres y Directorio amañado, está ya roto por todas partes. Pero ese algo que deberíamos hacer, en nada, absolutamente en nada podría parecerse á lo hecho hasta aquí, si es que de verdad queremos ir á alguna parte. Y como hasta aquí lo único que hemos hecho es discursar y programar, dicho se está que en lo que hagamos tiene que desempeñar la lengua papel menos importante.

Hablaré más claro.

Mientras no nos reunamos, pocos, 25 ó 30 republicanos á lo sumo, de distintas regiones, de valer ó influencia, para cambiar impresiones y estudiar el medio de establecer una organización poderosa, prescindiendo cada cual de sus particulares puntos de vista, sin preocuparnos ninguno de lo que mañana pueda ocurrir, ni del programa que debería desarrollarse si llegáramos al fin deseado, ni de lo que pensará don Nicolás, ó don Francisco, ó don José, ni de que nos llamen demagogos, insensatos ó locos, mientras esto no hagamos, repito, nada provechoso haremos.

La reunión esa debería ser una reunión de hombres, como las perpetradas hasta aquí lo han sido de jefes, oradores y aspirantes á estadistas; y celebrarse sin aparato, sin solemnidad, sin nombrar presidente que dirigiera, ni secretario que leyese; donde nadie hablara en tono de discurso, ni tratase de usar al compañero de enfrente; reunión íntima, donde la verdad no se ocu-

tase en períodos acabados ni la intención en frases melosas. Y como no se trataría de repartir cargos, ni de ocupar puestos en organismos, ni de proponer bases, ni de discutir programas, forzosamente, á menos de permanecer mudos, tendríamos que ocuparnos de cosas de más enjundia.

Al comenzar la sesión (no, sesión no; conversación), podría anticiparse cualquier á decir: «Si entre los presentes hay alguno que aspire á poner los huracanes al diapasón normal, ó quien crea que puede legislarse de antemano para encauzar ó detener lo que, una vez impulsado, nadie adivina hasta donde llegará, ese no cabe en esta reunión; aquí no debemos quedar más que aquellos á quienes nos tenga sin cuidado el después; somos los de antes, los de la víspera; sin que por esto renunciemos á formar entre los del día siguiente cuando llegue el caso.»

Y es seguro que hablando así, y poniendo todos la mirada en la patria, y alzando el corazón á la altura del sacrificio, y prohibiendo al cerebro pensar en nada que no se relacionase con la dignidad, nos entenderíamos fácilmente, y quedaríamos satisfechos, todos de cada uno, y cada uno de todos, lo que no ha ocurrido hasta hoy.

Y serviríamos así á la causa que defendemos, mejor que pronunciando discursos hermosos, que á nadie interesan, en la Asamblea de la fracción respectiva; ó que recibiendo aplausos en un mitin, por hablar de la revolución, que está siempre encima y nunca llega; ó que redactando programas para canalizar el océano de ideas que se tragarán tantos continentes del mundo político; ó que pidiendo votos á los correligionarios para desempeñar cargos populares de los que suele salirse, ó deshonrados ó convictos de incapacidad; ó que mendigando sufragios para ir al Congreso á no hacer nada, cuando no á merecer el desprecio de los monárquicos. Si, serviríamos mejor á la causa, que los que hacen esto.

Y convendríamos en algo que equivaldría á veinte programas; pongo por caso: en que había que traer la República por los procedimientos que vino la restauración, y conservarla por los procedimientos que la sostienen; en que, una vez establecida, nuestra principal misión sería conservarla. ¿Podíamos conseguirlo dentro de la ley? Pues dentro. ¿No? Pues fuera. Y sobre ella y contra ella, á no ser posible de otro modo.

Y quedaríamos conformes también, en que no deberíamos cuidarnos de que se restaurase el derecho, sino consagrarnos exclusivamente á que triunfase la justicia; y en que, cuando lo hubiéramos hecho todo autoritariamente, y removido los obstáculos que á nuestra marcha se hubieren opuesto, y en todos los organismos llevado á cabo el desmoche, lo mismo en organización que en personal, y cuando todas las reformas se hubieren implantado, entonces habría llegado el momento de convocar unas Cortes que sancionasen lo hecho. ¿Qué programa mejor ni más completo?

Al llegar aquí, me parece oír á muchos correligionarios: «¡Dictadura!... ¡Autoritarismo!... ¡Tiranía!...» ¡Sí, y mil veces sí!... Convencidos de que en la República estaba la salvación, resultaría justo, político y honrado faltar á las propias convicciones para salvar á España. Somos demócratas convencidos; mas si, para imponer ó salvar la democracia, fuere preciso dejarla dormir por algún tiempo, habría que resignarnos á velar su sueño. Sacrificio grande sería, pero ese, y algunos más, merece. El alimento es necesario para vivir, y, á pesar de esto, hay quien vive precisamente por haberlo dejado de tomar durante ciertas enfermedades.

Otros correligionarios exclamarán seguramente: «¡Confusión!... ¡Caos!... ¡Demagogia!...» ¡Sí, y un millón de veces sí! Pero de esa demagogia, de esa confusión, de ese caos, podría resurgir una España viril, de alientos, regenerada, en nada parecida á ésta afeminada, asmática, enclenque. Sólo se necesitaría para ello que apareciese un hombre que, hipotecando previamente su cabeza, se atreviese á cortar todas las que tienen perfecto derecho á ser acariciadas por el verdugo.

Y en último término, y aun suponiendo que España estuviese destinada á perecer, menos sufriría destrozándola un león de un zarpo, que cayendo roída por legiones de gusanos.

Pero, no; esto último no puede ser. Un pueblo no se resigna á morir de manera tan asquerosa.

Si y de los que creen y esperan todavía: por esto luchó. Si perdiera toda esperanza, dejaría de luchar. Tengo momentos de desanimación, y quién no los tendría, al recordar tantas catástrofes en lo pasado y ver tantas ruinas en lo presente! Afortunadamente son cortos. Si durasen tres horas seguidas, acaso no me reanimase. Pero hasta tanto, yo no acepto la idea tan generalizada de que no tenemos redención; yo no me rebajo á suponer que no quedan energías en un pueblo que tan grandes las tuvo; yo confío en un despertar cercano.

Lo que creo, es que esas energías carecen de cohesión en nuestro partido, único en condiciones de emprender la obra redentora; por eso le espoleo constantemente y en ocasiones le fustigo. Si lo creyese muerto, me habría apartado ya de él.

¿Que hay entre nosotros hombres sin entusiasmos, incapaces de hacer el menor sacrificio, y dominados por los jesuitas? ¿A quién se lo cuentas, amigo Nicolás? Pocas veces habrá encajado mejor que aquí lo de aquel prójimo que le decía á su hijo: «¿Quiere usted dar lecciones de procreación á su padre? Nadie ha tronado y truena contra ellos como yo.

Pero frente á esos, yo te pongo á millares de millares de republicanos que vienen soportando durante un cuarto de siglo, en provincias más aun que en Madrid, las vejaciones, los atropellos, la pobreza, la miseria, sin abdicar de sus ideales; que sacrifican sosiego, fortuna y porvenir á la esperanza de morir en República; que pudiendo gozar con los que mandan, se enorgullecen de padecer con los que sufren; que se ofenderían de que alguien supusiera que podían negarse á prestar un servicio ó á afrontar un riesgo. Y la prueba de que existen, está en que hay partido republicano todavía; ellos lo forman, ellos lo sostienen, ellos lo honran, y ellos lo redimen de los egoísmos, las cobardías y los acomodamientos de aquellos otros.

Pero aun suponiendo que yo me equivocara en este juicio, ¿quien podría demostrarme que no son como los pinto? ¿Quién los ha solicitado en serio para empresas en que pudiesen haber probado que no son así? ¿Qué hombre de importancia les ha dicho, como Sixto Cámara, Rívero y Becerra en otro tiempo: «¡Vamos todos, nosotros los primeros! Pues si no se les ha puesto á prueba ¿por qué asegurar que no responderían? Más bien parece que quienes dudan de ellos, tratan de cubrir así las deficiencias propias.

Si mañana sucesos inesperados vinieran á desmentirme, si me convenciese de que no existía realmente lo que hoy veo, no aguardaría, no, á que nadie me excitase á confesarlo, lo haría espontáneamente, y continuaría luchando, no por alcanzar un triunfo en el que ya no creía, sino por satisfacer la necesidad que me impulsa á combatir contra todo lo pequeño, contra todo lo injusto... Hasta entonces gritaré: ¡Arriba los corazones!

Respecto á lo de los sellos ¿qué decirte? Que confío en el resultado: á pensar de otro modo no los hubiera hecho.

Desearo que te equivocques en todo lo que en tu carta me dices, me repito tuyo affemo.

José NAKENS

Para los meticulosos

A los republicanos que se asusten de algo de lo que digo en el artículo anterior, les recomiendo la lectura de lo que ha dispuesto el gobierno de orden que nos rige, para obligar á los comerciantes al pago de los impuestos; advirtiéndoles que lo mío no pasa de ser una inocente aspiración, mientras lo del gobierno es un hecho ya.

Se le recarga un cinco por ciento, al que no pague.

Luego un diez.

Después se le cierra el establecimiento ó se le paraliza la industria.

En seguida se le despoja de todas las facultades que le da la Constitución.

Además, ni él ni nadie de su familia podrá ejercer nueva industria.

Ni pedir justicia á los tribunales.

Y hasta se dice que los propietarios que los alquilen fincas para sus tiendas ó fábricas, responderán del pago de la contribución de los morosos.

¿Condono esto? De ninguna manera.

Es lo único que ha hecho este gobierno para merecer mis simpatías.

¿Los horteras le atacan? Pues él se defiende. Es lógico y humano.

Pero llamo la atención de los meticulosos sobre esto, para que vayan acostumbrándose á la idea de que, cuando se trata de salvar lo que cada cual cree bueno, ni los conservadores reparan en pelillos.

Por esto digo en el artículo anterior que, si viniese la República, habría que mantenerla por procedimientos conservadores.

LO DE JÁTIVA

Un periódico de Játiva, *El Progreso*, publicó unos versos que algunos militares consideraron ofensivos, y fué denunciado.

Unos sesenta tenientes de la guarnición de Valencia acordaron ir á Játiva á tomarse la justicia por su mano, y allí fueron á ciencia y paciencia de sus jefes, rompieron cristales y enseres de la imprenta donde el número se había tirado, después de buscar inútilmente á su autor, y maltrataron á un operario que se atrevió á censurar su conducta.

Corrió la voz de lo que ocurría, se alborotó el vecindario, reunióse, y obligaron á los agresores á tomar el camino de la estación protegidos por fuerza armada; y á no llegar en aquel instante el Capitán general

de Valencia, posible es que no hubiera quedado ni un oficial para contarlos.

La prensa toda ha relatado los hechos condenándolos; y que no ha sido por espíritu de partido, pruébanlo estos párrafos de *La Epoca*, órgano el más autorizado del que hoy gobierna:

«Nuestro punto de vista ante los sucesos que va acumulando el espíritu de indisciplina social, fomentado y estimulado por el interés de partido, es el siguiente: condenamos, sin vacilar, cuanto significa desdén de la ley y de los procedimientos legales y regulares. En el caso de atropello de una imprenta de Játiva por oficiales de la guarnición de Valencia, reunidos con ese objeto, nos parece muy mal y reprochable todo cuanto ha acontecido, especialmente teniendo en cuenta que el número del periódico *El Progreso* en el que se publicó la composición ofensiva para las clases militares, había sido denunciado por autoridad competente.

Nadie está autorizado para hacerse justicia por su mano, y menos tumultuaria y colectivamente, y menos si el ofendido es un Cuerpo armado que se rige por severa Ordenanza, y menos si, en vez de conferir á una ó dos personas el mandato de pedir reparación (que es como en casos análogos vemos que se practica en el extranjero), se reúnen los ofendidos en grupos muy numerosos, con ánimo decidido de verificar un atropello.»

«Las autoridades del Ejército en Valencia han procurado mantener incólume el principio de la disciplina militar. El capitán general, velado por ella, ha arrestado á los oficiales que se habían ausentado sin permiso. En cuanto al periódico que dió lugar al suceso, se halla sometido á la acción de los tribunales.

Pero la repetición de estos conflictos revela, como decimos, un estado de cosas al que importa poner término. Nos explicamos que los militares, movidos por un sentimiento de honor, protesten contra los ataques de que á veces son objeto; pero deben mirar también que estando á ellos confiada la defensa del orden público, son los menos indicados para alterarle. Creemos que, exigiendo satisfacciones en el terreno del honor, en la forma acostumbrada (pues aunque el duelo sea un mal, siempre es un mal menor), se evitarían estos incidentes desagradables. Las autoridades militares deberían influir en este sentido sobre sus subordinados. En países de espíritu tan militar como Francia y Alemania, dicho procedimiento es el que siguen los oficiales del Ejército cuando se creen agraviados.

Hay en el asunto dos puntos de vista principales; la obediencia á las leyes, que obliga á todos los ciudadanos, sean cualesquiera su categoría y clase, y el mantenimiento de la paz pública, que á todos conviene, y que los elementos de orden, en particular, deben sostener.»

Este juicio de *La Epoca* sobre los militares que han llevado á cabo el hecho, tiene más fuerza que cuantos pudíamos emitir los periódicos de oposición. Y por si pareciera poco aún, á continuación va lo que dice otro colega conservador, *El Nacional*, en un artículo titulado *La batalla de Játiva*:

«El primer efecto que han logrado los animosos oficiales de la guarnición valenciana, es inspirar á las gentes un gran deseo de conocer la poesía que les encendió el coraje. Que será mala, no lo dudamos; que injusta, nos lo hace presumir la ceguera de esos oficiales que se reúnen en número de 53 para montar un tren militar contra el infeliz y desvergonzado poetastr.

Todavía se disculpa la acción colectiva dentro de una población, á la postre de acalorados debates, cuando están vecinos el lugar de donde salió el ultraje y el sitio donde á propósito de él deliberan los agraviados.

Pero el golpe meditado, convenido y dispuesto, los preparativos todos que se conocen, merecerán seguramente la reprobación de militares y paisanos.

Muy censurable es el hecho y francamente declaramos no hallar modo de calificarlo como él se merece. Enfrente de agresión posibles, tales como las de Játiva, es de ninguna eficacia el valor personal, pues habría de estrellarse siempre contra la violencia del número.

Hemos de decir, sin embargo, que hallamos en el suceso algo peor que la batalla contra los chivales de la imprenta de *El Progreso*. Cuando se acometen ciertas empresas, es preciso rematarlas gallardamente; y si los oficiales valencianos iban en número de cincuenta contra dos, no debieron replegarse ante las iras del pueblo de Játiva, ni encerrarse en la estación, ni tomar el tren protegidos de la Guardia civil y de la casual intervención del general Molit.

La calaverada de ayer no tenía más redención posible que la de caer allí en las calles de Játiva, sosteniendo contra todo el pueblo, contra la provincia entera, las ligerezas inspiradas por un excesivo, pero disculpable espíritu de cuerpo.

Ese riesgo debiera traer siempre abandonar los caminos conocidos y practicados para obtener reparaciones ó satisfacciones de las injurias y seguir este otro de las violencias colectivas y las represalias airadas.

Han cambiado mucho los tiempos en breve espacio, y tampoco ha de olvidarse que el poeta de hoy, ofensor de los militares, vestía hace unos meses uniforme de soldado. Porque lo grave, lo alarmante de la situación actual, es que el enojo de las clases populares no va contra el Ejército, no va contra los soldados, no va siquiera contra las armas del Ejército.

Triste cosa es que sólo los desahogos de la prensa tengan el triste privilegio de levantar indignación entre los militares. Diputados y senadores, oradores de meeting y conferenciantes de Ateno, catedráticos y publicistas han llegado impudicamente al Ejército sin despertar sus iras ó sin que ellas se manifestasen de tan violento modo como las enciende ahora el coplero jativino.

Si los versos de *El Progreso* son tales como nos los figuramos, sólo debieron infundir desprecio, y esta habría sido la mejor condenación de la infamia. Allí habría quedado ahogada en el breve recinto de la villa valenciana, sin despertar ahora anhelos de torpe curiosidad, ni ocasionar pretextos á murmuraciones dañosas, ni ofrecer para los propios oficiales tan desairado epílogo.

No creemos, sin embargo, que el lamentable suceso encene los ánimos ni divida, más de lo que pudiesen estarlo, á los elementos militares de los civiles.

La sociedad civil sabe que no puede existir sin Ejército, y sabe sobre todo que valdría más suprimirlo á todo riesgo, que deprimirlo injustamente.

Los militares saben que esos desahagos, por soeces que ellos sean, no van nunca contra el honor de las armas, ni son poderosos a quebrantar su prestigio.

Guardemos todos la serenidad debida; respeten y discutan los militares la crítica desapasionada y noble, desprecien el insulto anónimo o releguen a los tribunales la misión de castigarlo. No ofrezcamos, en fin, el triste espectáculo de que un día pueda poner en peligro la salud de la Patria, el orden público, y aun la seguridad de las instituciones, la mala voluntad de un libelista desvergonzado.

He dado la opinión de la prensa ministerial: ahí va la mía.

Los dos únicos organismos sociales reventados hoy en España, cada uno por causa distinta, son el ejército y el pueblo. Se teme que se unan, y se procura crear antagonismos entre ellos.

¿Quién mueve esto? ¿Quién tiene interés en que ambos organismos, que al fin y al cabo tienen el mismo origen, ahonden las distancias entre sí?

Lo que dice *La Correspondencia Militar* en el *Tiroteo* que en otro lugar copio, prueba que el ejército va ya comprendiendo quiénes son y dónde están sus enemigos.

Comprenda el pueblo que los suyos son los mismos, y el abrazo del ejército y el pueblo vendrá. Y entonces...

IVENGA DE AHÍ

Estoy desde hace días gozando extraordinariamente.

El viaje del ministro de la Gobernación a Barcelona, Manresa y Tarrasa, con todo el aparato que el argumento requiere, de silbidos, mueras, estacazos, cargas de caballería...

Lo de Játiva...

El cierre de tiendas...

Si me parece ¡vive Cristo! que estoy ya metido en harina, y que estas hermosas expansiones son el modesto preludio de lo que se acerca...

Gracias, gracias, Dios de los buenos, por haber comenzado a poner ante mis ojos algo de lo que constantemente te he pedido en mis cortas oraciones.

Comprendo que estos mis deseos pecan de modestos, que me contento con poco; pero ¡ay! no quiero que se me tache de avaricioso ni de soberbio. Venga eso hoy, que ya te pediré algo más para mañana.

Y mientras tanto ¡viva El Motín, que es quien hoy reina y gobierna!

La fiesta del trabajo (1)

Si la Historia hubiera sido escrita por los individuos y colectividades que en ella figuran como principales actores, sería muy difícil encontrar imparcialidad. Los intereses contradictorios, los odios de raza y de religión, el amor propio y demás debilidades humanas, falsearían el recto sentido de la verdad. Aun sin ser historiadores los protagonistas de las interminables escenas de la Humanidad, ¿cuántas falsedades, cuántas injusticias se nos querrán hacer tomar como verdades incontrovertibles ó como soluciones razonables! Así vemos en la narración de los hechos pasados figurar como grandes guerreros á verdugos vulgares, como sabios insignes á teólogos ó visionarios; y como conquistas territoriales basadas en el derecho, las que sólo fueron depósitos inmorales ó satisfacciones de la vanidad y de la ambición.

Lo mismo que en el terreno de los hechos, ocurre en el de las ideas. Si todos los que blasonan de ser amantes de lo justo no pretendieran definirlo con el peso y medida de sus particulares conveniencias, ¡qué difama, qué subline se desataría la efigie de la Justicia!

La cuestión social es la más propensa á fanatismos y errores, según el observador tenga más ó menos satisfechas sus necesidades físicas, ó más ó menos cultivada su inteligencia. No es más que un problema de justicia, y del concepto que cada cual tenga formado de lo justo, depende el ser factor de retroceso ó de avance en la marcha del progreso.

¿La paz? ¿Qué es la paz? Para unos, la posesión tranquila de las riquezas, bien ó mal acumuladas; para otros, la libertad ilimitada de acumularlas; para el Estado, la obediencia incondicional de los ciudadanos; para la Iglesia, la mansedumbre ó la inmovilidad. Anchas tragaderas son necesarias para que todos nos conformemos con esas definiciones de la paz, y así es tan difícil mantenerla. La paz no puede existir mientras no se instaure un medio social que asegure á cada individuo toda la suma de felicidad adecuada en cada época al desarrollo progresivo de la humanidad. (2)

Todas las luchas antiguas y modernas, en el terreno de la fuerza y en el de las ideas, han tenido por germen la necesidad del disfrute equitativo de los bienes de la Naturaleza, ó el deseo de ampliárselos, ó han producido, aun contrariando la intención de sus elementos impulsores, transformaciones sociales de inoportuna definición en estos momentos en que sólo nos propiemos tratar un asunto concreto: la significación de la fiesta del 1.º de Mayo como pensamiento de paz y como manifestación de una fuerza social hasta hoy negada ó desconocida.

La Iglesia, sea cualquiera su denominación, conmemora periódicamente sus mitológicas concepciones; celebran los triunfos ó las derrotas de los guerreros, y los aniversarios de las glorias ó de las vergüenzas políticas de todas las nacionalidades; las multitudes se visten de gala ó de luto, huelgan, cantan ó rezan al impulso de sus creencias ó de sus recuerdos; pero esas manifestaciones del sentimiento, impuestas ó espontáneas, no encierran la trascendental importancia que, en el orden del progreso, tiene la FIESTA DEL TRABAJO, porque siendo éste misión ineludible de la humanidad, aquella ha de basarse en la fraternidad, en la justicia, para recibir la sanción de la Historia.

(1) Con las correcciones á que nos obliga el cambio de fecha, y con algunas supresiones por la falta de espacio, publicamos este artículo que fué enviado al concurso de «El Liberal» y que no ha sido devuelto á su autor hasta el día 6.

(2) Sebastián Laure: «El dolor universal».

La bendición de las generaciones. Las fiestas dejan de serlo si no son de paz. Releéguese al olvido ó guárdense para causas menos justas los cantos bélicos, los azoramientos del miedo ó las violencias del odio.

La lucha por la existencia, que este es el verdadero nombre del problema social antiguo y moderno, tiene hoy dos fases que no deben olvidarse por los hombres de buena fe: una es la cotización diaria, permanente y fatalmente necesaria, del trabajo y sus condiciones, lo que se ha dado en llamar, con muy poco acierto, oferta y demanda; es la otra la aspiración constante y generosa á que el funcionamiento de las fuerzas sociales sea regular, ordenado, justo, y haga desaparecer el desequilibrio entre las fuerzas productoras y las consumidoras. La primera es la que produce el choque continuo entre el capital y el trabajo, la verdadera lucha al menudeo, por la existencia diaria, agravada por los adelantos de la mecánica, que hoy está á merced del capital. La segunda es más trascendental, de incalculable finalidad, porque es la lucha por la existencia eterna, por la transformación completa de la sociedad, en armonía con las leyes de la Naturaleza. En la primera se atraen y se repelen con intermitencias las dos fuerzas empeñadas en la contienda, la mano de obra y el capital; en la segunda están interesados todos los elementos sociales que anhelan el progreso de la humanidad, todos los que tienen pensión al ideal que se concreta en estas palabras: que todos sean seres útiles; que no haya más capital que el trabajo. Los primeros luchan por los detalles; los segundos luchan por el conjunto. Es indudable que aquellos ayudan á éstos, pero la labor es distinta, porque si los unos, con la organización numérica, pueden ser un valladar para las acometidas de la avaricia, los otros ven á más larga distancia los derroteros de la civilización futura, animados por el afán generoso del bien universal, que no ha de conseguirse sino por el trabajo de la ciencia.

Para todos los que así piensan y sienten ha sido día festivo el 1.º de Mayo. Es la fiesta del porvenir, y éste no pertenece á ninguna de las actuales escuelas sociológicas.

¿Quién intentaría desnaturalizar este pensamiento sublime, este acto de valor moral con que las clases trabajadoras dan realce á sus virtudes innegables y patentizan sus más innegables infortunos? Los políticos doctrinarios, las momias aristocráticas ó los merodeadores de la riqueza, que nada depositan en aras de la fraternidad humana; los que se empeñan en volver á los tiempos de patricios y plebeyos; los que olvidan que en el terreno de la ciencia no existe la inviolabilidad y en el terreno de la justicia no existen las castas.

¿Ay del derecho! ¡ay de la propiedad, si todos los elementos sociales no contribuyen á la obra de la transformación! ¡Inviolabilidad! ¡Derechos adquiridos! Palabras vanas. Inviolables eran las monarquías de derecho divino, y fueron destruidas por el derecho popular; inviolables eran la casa y las fincas de los que vivían en órdenes monásticos, y esa propiedad fué violada, y violados fueron los bienes comunales, y por la violación que se llama impuesto se ve desquiciada hoy la propiedad en todas sus manifestaciones. Aferresar, pues, á lo tradicional, á lo rutinario, es completamente inútil y demuestra sólo una lamentable depresión de la inteligencia. Las clases sociales que, en gregadas porque aún conserva el Estado las formas y atributos que las hizo oponentes, se resisten á toda innovación que merme en lo más firme su predominio y prosperidad, son los factores únicos de la revolución violenta. Ovidan que el Estado no puede ó no acierta siempre á prever los acontecimientos, ni, previniéndolos, le es dado detener el desarrollo del progreso, que no obedece á condiciones nacionales, sino que es inherente al movimiento universal. El *non plus ultra* fué borrado de las columnas de Hierclues por Colón, á pesar de las burlas estúpidas de palaciegos y doctores rutinarios; de nada sirvió la retractación arrancada por la violencia á Galileo, porque la tierra sigue hollando con su inmutabile carrera la leyenda bíblica; inútil y bárbaro fué el martirio de Ben al-Benar, porque el reloj de Strasburgo seguirá sonando en todas las generaciones como la condenación más rotunda del fanatismo teocrático; y todo lo que se intente para apagar los destellos de la inteligencia humana resultará igualmente estéril y contraproducente, porque Gutenberg, Fulton, Franklin, y demás investigadores y mártires de la ciencia han sido algo más que figuras decorativas en el ancho escenario de la Historia.

De la misma manera el orden económico actual ha de sufrir una profunda transformación. La prosperidad y cultura de las clases trabajadoras dan la medida de la civilización y virtudes de la clase capitalista. Un pueblo ignorante y hambriento es la consecuencia de un capitalismo desordenado y feroz. Intentan algunos justificar tal situación haciendo resaltar las crecientes exigencias de la entidad Estado, que arrebató al capital una parte de lo que éste arrebató al trabajo; pero esto es una sutileza que ya no tiene salida en el mercado de la lógica, porque si los poseedores de la riqueza fueran justos, no se ampararían de una forma de Estado injusta; é inhumana y atentatoria á la existencia de los pueblos es toda manera de gobernar que no atiende á la satisfacción de las indispensables necesidades de todos los gobernados.

La universalización de los medios de subsistencia es un problema que ha de resolverse por la ciencia sociológica en sus progresivas evoluciones, lo mismo que la libertad ha generalizado los medios de la emancipación intelectual de las muchedumbres.

Las clases trabajadoras no quieren la revolución en el sentido brutal que los míopes la entienden; se lo vedan sus costumbres laboriosas, el amor al hogar, las caricias de los hijos, la tranquilidad y la veneración de los ancianos; se lo veda su deseo de bienestar, que es la antítesis de las convulsiones nerviosas de las luchas fratricidas. Sea cualquiera la fuente filosófica donde hayan bebido sus ideas de emancipación, lo que quieren es la paz que les niega el autoritarismo al proteger la absorbente conducta del capital; lo que quieren es justicia. Esta es la aspiración de todos los trabajadores, no de una determinada agrupación, sino de todos los hombres útiles, de todas las abejas de esta inmensa colmena al rededor de la cual zumban tantos zánganos.

Oid, obreros españoles:

«No coloquéis en la categoría de los desgraciados á todo aquel que tiene fuerzas para contribuir á sostener el mal.» (1)

Las evoluciones hacia el perfeccionamiento social, para ser fructíferas, necesitan del concurso de todos los hombres de buena voluntad. Cualesquiera negligencias ó desconfinanzas, al igual que las impacencias y exaltaciones, son una rémora para las causas justas. La fiebre no es la convicción.

(1) Tito Livio.

ción, ni la fe tiene nada de común con el fanatismo. El progreso es infinito y no admite prejucios ni conclusiones dogmáticas. La que un día es bandera redentora aparece al siguiente hecha girones, y otra la sustituye y otras mil, y de todos sus emblemas, formas diversas de un eterno ideal, sólo uno queda intacto, incorruptible, como aspiración trasmitida de unas á otras generaciones: Justicia.

No creáis que el solo esfuerzo material del obrero del campo, del taller ó de la mina es bastante para llevar á cabo transformaciones justas y bien cimentadas. Los esclavos negros, con ser tan numerosos, no pudieron desprenderse de sus cadenas hasta que les fueron arrancadas por los blancos.

Ya no hay Espartacos. La antorcha de la civilización oscurecerá las llamaradas de los incendios revolucionarios; el silbido del vapor hará enmudecer la voz de las cañones. Si esa consoladora esperanza no animará nuestro espíritu, si no tuviéramos la ciega en el avance de la humanidad hacia un estado social más perfecto, ¿para qué servirían los sacrificios de nuestros padres y nuestros presentes entusiasmos?

Contra el parasitismo que nos aniquila, no hay otro remedio, en las circunstancias presentes, que la unión de todas las clases trabajadoras. Así lo demuestra la experiencia y lo demanda el progreso, para que en plazo no lejano, desapareciendo las fronteras y antagonismos creados por la superstición y la tiranía, podamos borrar con la fiesta del trabajo la fecha luctuosa del Dos de Mayo.

T. GENTIL
(obrero tipógrafo.)

VER CLARO

Balanza del día 2 de Mayo publicado en *El Correo*, periódico monárquico:

«Ayer se celebró la fiesta de los obreros. Hoy se ha conmemorado la fecha del 2 de Mayo.

La primera ofrece cada año más relieve. La segunda cada año resulta más debilitada.

No podemos prever cuales serán los futuros desenvolvimientos del socialismo, ni adivinar hasta qué punto se conciliarán en paz las aspiraciones del obrero con los fundamentos del Estado.

Pero sabemos desde luego que la fiesta del 2 de Mayo recuerda, al lado de nobles sentimientos patrios, el atraso de un pueblo que estúpidamente derramaba su sangre por la supremacía de un monarca representante del despotismo político y de la intolerancia religiosa, adulador de Napoleón, é ingrato con sus más leales é inteligentes servidores.

La fecha de hoy la celebran clases más favorecidas—no sabemos si más adelantadas—concurriendo á la brutal fiesta de los toros, tan singularmente amada también por aristócratas y plebeyos en los tristes días de Carlos IV y de Fernando VII, no advirtiéndose por desdicha en este punto progreso alguno en España, después de un siglo de tantas revoluciones y de la conquista de tantas libertades.»

Una pregunta á *El Correo*: ¿Encuentra en la práctica grandes diferencias entre la monarquía que condena y la que actualmente nos rige?

Y si son casi iguales, y siguiendo al paso que va pronto lo serán del todo, ¿quiere decirme por qué la defiende?

Cuando se ve tan claro, no debería obrarse tan turbio.

Antes, había en Figueras muchos feligreses que se disputaban el honor de ir á pie á Recasens llevando enhiesto el Santo Cristo de la cofradía de la Purísima Sangre.

Hoy, para ir al santuario de la Salud en Terradas, estando mucho más cerca y con mejor camino, no hay quien se preste á ello. El Cristo ha de ir tendido en un carro tirado por una caballería.

La diferencia es poca, pues consiste únicamente en que ahora la caballería es de cuatro patas, y antes era de dos.

Cambio de acémila.

EL BUEN CAMINO

La francmasonería norteamericana ha levantado bandera negra contra la política de su país, en lo de la ocupación y guerra de Filipinas. No nos extraña la noticia. Ya se inició en 1896 y 1897 cierto espíritu de oposición contra el gobierno de Mac Kinley, por alguno de los miembros más importantes del Supremo Consejo de Boston, cuya jurisdicción se extiende á todos los Estados del Norte, habiendo protestado la mayoría de ellos de las ideas expansivas y de los planes de conquista que mostraban los miembros del gobierno y la prensa ministerial, llegando á formular una onérgica protesta, á la que se unieron multitud de Logias de los Estados de Virginia, Alabama, Texas, Georgia, Colorado, Kansas, Louisiana, Maryland, Florida, Vermont, Columbia y Arkansas. Los escritos (*plan chas y balaustrados*) los llaman los francmasones) que con tal motivo circularon en las Cámaras, Consejos y Logias, y aun por las columnas de las revistas y periódicos americanos de mayor circulación, contra el gobierno de Washington, fueron muchos, y todos ellos redactados en un lenguaje enérgico, con notas muy benévolas para España, en particular los que procedían de las Logias de Texas, Georgia y Maryland. Ahora aparecen nuevos escritos de varios miembros del Supremo Consejo de Charleston, que es el que ejerce la jurisdicción sobre las Logias Sur, escritos todos ellos encaminados á pedir al gobierno:

1.º La suspensión de hostilidades con el gobierno de Aguinaldo.

2.º La evacuación, por las tropas de la República, de la isla de Puerto Rico.

3.º La constitución de un gobierno au-

tónomo en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, formado por hijos del país, para que procedan, por el plebiscito, á darse cada una de estas regiones el gobierno que estimen más conveniente.

Y 4.º El reconocimiento inmediato, por parte de la gran República americana, del resultado del plebiscito, y el compromiso de respetar y hacer respetar á las demás naciones la organización política que surja de la voluntad popular en Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Más de 500 Logias se unen á los deseos de los consejeros de Charleston, figurando entre ellas muchas de Evaston, Melwaukée, Olimpia, Whesling, Richmond, Montgomeri, Tucson, Burlington, Little Rock, Lake-City, San Francisco, Houston, Nashville, Denver, Providence, Saint-Paul, Filadelfia, Manchester, Saint-Luis, Baltimore y Boston.

Mac Kinley hace trabajos para neutralizar el efecto que están produciendo en el pueblo americano los escritos de los francmasones, y en algunos Estados hasta se ha intentado prohibir las reuniones públicas en salones y Logias, como si esto fuera posible en un país donde la palabra es libre, como lo es el libro y el periódico, y donde la libertad de asociación no es posible limitarla al capricho de cualquier gobernador de un Estado.

Veremos pronto el resultado de esta contienda, de la que tanto partido sacan los demócratas para combatir al gobierno y la reelección de Mac Kinley. No hay que perder de vista que los demócratas son enemigos del imperialismo imperante y de toda tendencia de conquista. La francmasonería americana, colocándose al lado de los demócratas, da una muestra de gran sentido y un testimonio elocuente de su amor á la justicia.

VIRIATO, GRA... 33...

TIROTEO

He leído, así como quien lee en la calle un prospecto de sastrería, cierta hoja impresa que se ha hecho circular con profusión entre los jefes y oficiales del Ejército, hoja en la cual se aconseja á éstos que renuncien al duelo, como medio de dirimir sus contiendas particulares.

La cosa no puede ser más natural. Gastados los partidos políticos, en vías de muy lenta formación otros nuevos, descreditada la Administración é incerte el pueblo, no habla en España más que dos poderes en condiciones de disputarse la supremacía: el Ejército y el clero.

El clero no se durmió en las pajas. Hizo venir el Ejército de Cuba dividido y subdividido, sin armas, vestido de paisano y debilitado por las enfermedades y el hambre, envió á los soldados á sus casas, difamó á los jefes, introdujo entre ellos las prácticas inquisitoriales, provocó rencillas entre militares y paisanos é inutilizó por lo pronto á la institución armada como fuerza política.

La reacción perdió el tiempo para cosas de mayor sustancia. El Ejército salió triunfante de aquellas pruebas y se dispone hoy á reorganizarse.

Y de nuevo cae la sotana sobre el intendiendo matarlo con el ridículo.

Quiere que los jefes y oficiales no se batan cuando se vean obligados á ello.

Quiere que lleven una escoba al cinto; quiere que, si reciben un bofetón, ofrezcan la otra mejilla; quiere que no haya Ejército.

Admitida la necesidad de la guerra, hay que admitir el estado ó profesión militar con todo lo que le condiciona.

Concibo que se persiga el duelo entre civiles; para conseguir que se suprima entre militares, hay que castrarlos moralmente.

Y no se crea por esto que el clero renuncia á sus duelos.

Gente que se contenta con poseer todo el dinero de la Administración y todo el de los particulares, y con disponer de los destinos, y con decidir las alianzas, y con influir en el interior, y con que se les bese la mano, si no es gente humilde, será por una verdadera casualidad.

Lo que sucede es que el *sacris* se bate á su manera con el infeliz á quien pone la proa.

Lo primero que hace es buscar padrinos. Generalmente lo son un ministro y un juez. Y empiezan los asaltos.

El individuo queda cesante, que es un pinchazo en el estómago; después le gana el terreno en las empresas particulares, siempre beatas; más tarde lo empapela y éste es un pinchazo en la testita.

Por último, le traen el difunto, le canta un trágala en latín, le da un capirota en la nariz para ver si suena á cartón, y sube luego á su cuarto, se encierra, baila que se las pela, y exclama con infame gozo:—¡Ya has rrrrrrevuelto! ¡Aleluia!

(La Correspondencia Militar.) MAMENTO

CUANDO LAS BARBAS DE TU VECINO...

Hace un par de años el cura Anaya, rector de San Francisco el Grande, hizo encerrar por loca á la infeliz María Tordesillas, enamorada de él, y por él halagada en otros tiempos.

Los médicos del hospital provincial declararon, después de haberla observado durante unos meses, que estaba cuerda, y fué puesta en libertad.

Una vez en la calle, dedicóse á escribir al cura, reclamándole algún auxilio para vivir y aludiendo en sus cartas á lo anteriormente ocurrido entre ambos. Y como él se negase á admitir las cartas, echábalas en los confesionarios de San Francisco para que, quien las recogiese, las hiciera llegar á manos de Anaya.

Este, en vez de apiadarse de la destituida y acceder á sus modestas peticiones, presentó no sé qué escrito en el Gobierno civil, y en su conse-

ciencia, á las nueve y media de la mañana del día 30 de Abril, fué conducida otra vez la pobre mujer al departamento de dementes del hospital.

Lo que traslado á todas las mujeres que ayuden á los curas ó se enamoren de ellos: el día que no les sirvan para nada, pueden verse en el hospital como esa infeliz.

Tal es la influencia que hoy alcanzan en todas las esferas los benditos y humildes siervos del Señor.

Y allá van leyes donde quieren clérigos.

La confesión auricular

A Voz Pública, importante periódico de Oporto, publica el 3 de Abril la siguiente carta, que deben tener muy presente los que se quejan de las vergüenzas del confesonario, siendo católicos.

«Señor director de *A Voz Pública*: La población de Villa Nova de Gaya se alarmó hace días por una ocurrencia triste y escandalosa, de la que ya dieron noticia los periódicos de Oporto. Un sacerdote fué apaleado por hacer preguntas deshonestas á una niña, hija de un respetable caballero de Gaya.

Comprendo la indignación de un padre que ve la candidez de su hija manchada por obscenidades en el confesonario; empero, fiel á mis principios sobre la libertad religiosa y de conciencia, desapruébo el procedimiento, y afirmo que la razón está de parte del sacerdote. Y voy á probarlo.

Es ley en la Iglesia católica romana que solamente sean perdonados los pecados que se confesaron al sacerdote. Y para que la confesión sea completa, está él obligado, vista la natural repugnancia de los penitentes, principalmente del sexo femenino, á hacer preguntas sobre cuestiones íntimas.

Si el confesor debe, por la ley de su Iglesia, tratándose de lujuria, por ejemplo, interrogar á todos, hombres y mujeres, doncellas ó adultos, ya sean casadas, solteras ó viudas, sobre el número de pecados por pensamientos, el número de pecados por palabras y el número de pecados por obras. Pero esto no basta para que la confesión sea completa. El sacerdote debe también saber si los actos pecaminosos fueron de ésta ó de aquélla manera, en éste ó en aquél lugar, con ésta ó con aquélla persona, en éste ó en aquél tiempo; y para arrancar revelaciones de boca de una niña candida, ó de una mujer honesta, forzoso es que recorra la escala de las preguntas obscenas.

—Eso es repugnante, eso es infame, eso es peligrosísimo—se exclamará.

Cierto; pero es ley de la Iglesia de Roma. Y aquel que es católico romano, tiene que sujetarse á los grandes peligros del confesonario. Y la mujer, doncella ó casada, tiene que oír en él, por boca del sacerdote, lo que se dice en los lugares más inmundos y entre la gente más baja.

Dirán además las personas honestas y sensatas:—Es imposible que Jesucristo fuese el autor de tan horrosas institución. —Si, es imposible; podemos afortunadamente afirmarlos los que hemos leído los Evangelios, y asegurar que ni una sola palabra se dice en ellos respecto de la confesión al oído del sacerdote, estando verdaderamente convencidos de que sólo á Dios debemos confesar nuestros pecados, porque sólo El nos los puede perdonar.

No quiero decir con esto que el sacerdote que tal hizo en Mafamude sea canónicamente culpable; la confesión auricular, por más que no sea la doctrina del Evangelio de Cristo, es la de la Iglesia de Roma, y quien pertenece á la Iglesia de Roma tiene que conformarse con su doctrina.

Objetarán también muchas personas creyentes en la Iglesia católica romana:—Sabemos que muchos sacerdotes respetables nunca se rebajan á hacer pregunta alguna sobre el delicado asunto de lujuria.

Esto es verdad; mas esos, aunque buenos ciudadanos, son muy malos sacerdotes de su Iglesia. Y diré más: están haciendo mal á la sociedad. Si cumpliesen todos con su deber, procediendo en el confesonario conforme las enseñanzas de los teólogos de la Iglesia de Roma, como Gury, Savini, Alfonso Maria de Ligorio, ú otros, habría á cada paso escándalos tremendos en las iglesias, y los frecuentísimos alborotos harían que, tanto por medida higiénica para el alma, como por cuestión de orden público, la autoridad prohibiese las confesiones al oído del sacerdote.

Este era el camino que debiera haberse seguido, y no el de apalear á un pobre sacerdote que quiso obedecer á sus maestros de la Iglesia de Roma, al frente de los cuales está el Papa.

Por lo cual, quien tiene razón es el confesor de San Cristóbal de Mafamude.

SANTOS FIGUEROA, presbítero.

Villa Nova de Gaya 2 de Abril de 1900.

Y si esto dice uno del oficio y que conoce el paño azul deberá ser jolí ciclos benditos! la conducta de los padres de familia que se preocupen de la honestidad de sus hijas ó de sus esposas? No permitir que se acerquen á cura ni á fraile á dos leguas de distancia. Y no hablo de los niños, porque hasta en España se dan ya Doroteos.

Para conservar en toda su frescura la flor de la pureza, nada más eficaz que el apartamiento del confesonario. Y aquí estoy yo para probarlo.

¿Quiénes son aquellos dos que conducen á la delegación de vigilancia del Centro un teniente y varios individuos de Seguridad? Un cura vestido de persona y un caballero de nacionalidad francesa.

¿Y por qué los llevan detenidos? Porque el sacerdote maltrató brutalmente al francés, dando un escándalo mayúsculo en plena Puerta del Sol, á las siete y media de la tarde del domingo. Ignoro si el escándalo fué por cuestión de dinero, ó de faldas, ó por influencias amilicas.

Trata de blancas

Peor que en las casas que tributan por concepto de higiene, son tratadas las jóvenes que á la prostitución se dedican en los asilos clericales que se fundan para recogerlas.

Y es que en los países sometidos al Vaticano no existen verdaderos recursos cristianos contra la prostitución.

Las órdenes monásticas no entienden de sociología; para ellas el asilado, el preso, el enfermo, el discípulo ó la infeliz mujer extraviada, son carne explotable, ganado productivo, séres ahyectos que deben ser tratados duramente.

Para corregir el vicio no tienen más que un medio, hacer pasar repentinamente á la mujer recién salida de él, á una austeridad abrumadora ó intransigente, y á un trabajo impropio y odioso que esquilmia y mata el cuerpo anulando y envileciendo la parte intelectual.

No pidan otra cosa á las Aderatrices, Oblatas, Trinitarias de Múndez y demás gentuza monacal encargada al parecer de redimir ángeles caídos, y, en realidad, de una repugnante trata de blancas sumidas en todas las esclavitudes más ahyectas.

Es esto ya tan sabido, que son pocas las muchachas que se deciden á abandonar la vida airada; porque no habiendo aquí más instituciones redentoras que las monásticas, todo lo prefieren á vivir en esclavitud tan terrible y con tan malos tratos.

Las que salen de esas modernas inquisiciones, dicen cosas horribles que, siendo siempre las mismas, no pueden tacharse de calumniosas invenciones.

En esas casas se trabaja como negros, se come muy mal, se viste peor, se sufren desprecios, porque siempre se está echando en cara á la pobre arrepentida su delito además de explotarla vilmente; y sobre todo esto hay que sufrir golpes, crueldades inauditas, reclusión perpetua; ni siquiera el vicio ausente del todo está en esas casas de santidad.

Una de las primeras cosas que debe hacer la República, si triunfa un día, es acabar con esa explotación infame llevada á cabo en nombre de la caridad, palabra que ha perdido su verdadera significación, desde que sirve para autorizar y legalizar la esclavitud más dura y despiadada que se conoce: la de la mujer ignorante y necesitada.

Leo en *La República* de Jaen:

«Personas llegadas del Noalejo, aseguran que en los últimos instantes de su estancia en ella se inició un motín contra el obispo, suponiéndose el vecindario, que dicho señor se llevaba los alhajas de la patrona de aquel pueblo.

Parece que el escándalo revistió proporciones alarmantes, y aún se dice que durante el mismo se produjeron numerosas detenciones, teniendo que recurrir las autoridades á la fuerza armada para reprimir el tumulto.

Esta información es merecedora de todo crédito »

Lamento que la impiedad, ayudada por la prensa sectaria, haya conseguido que hasta en los pueblos más apartados se ponga ya en duda la corrección de los señores obispos.

¿A donde iremos á parar por este camino? ¡Ah! ¡Días tristes aguardan á la santa religión de nuestros mayores!

LAS SANTAS COMPAÑÍAS

El secreto de la omnipotente influencia y escandalosa impunidad de que gozan, es que todas son ramas de la Compañía Santa por excelencia: la Compañía de Jesús.

¿La Tabacalera? Casi toda jesuita.

¿Los tranvías? Todos de los jesuitas.

¿Las mayores fábricas eléctricas y las Compañías que las explotan? Jesuitas.

Ahora andan tras de un salto de agua no lejano de Madrid, que va á enriquecerlas más, poniendo toda la industria eléctrica en sus manos.

Quedaba, y parecía cosa insignificante, la Empresa de Omnibus de Oliva, y acaba de ser adquirida por los jesuitas en un precio alzado.

De modo que váis por ferrocarril, y contribuí á la vida de los jesuitas.

Váis por mar, y el barco es jesuita.

Montáis en cualquier tranvía, y os jesuita.

Es un ripert, jesuita.

Váis de jolgorio ó bodorrio en un ómnibus á los Viveros, el ómnibus es de los jesuitas.

¿Fumáis? Los jesuitas cobrarán el divi-

diendo con el dinero que empleáis en veneno con apariencia de tabaco.

¿Luz eléctrica? Es luz del jesuitismo.

Y así todo.

Autes, las hermanas de la Caridad solían agenciarse unos cuartos de esta manera: como la Diputación les costaba el tranvía, ellas, en vez de ir solas, llevaban una niña asilada consigo, ¡no había de pagar el billo-

te! Aquella niña tenía la orden de recoger del suelo de los coches ó de la calle, todos los billetes inutilizados que pudiera. A fin de mes, las hermanas los exhibían pegaditos en hojas de papel, como justificantes de los viajes que habían hecho, y la candidata Diputación pagaba sin chistar.

Caballeros, ¿se puede afinar más la puntería de la defraudación mística?

Al presente han obtenido algo más. Las Compañías todas de tranvías han concedido á todo fraile, monja, hermana ó flaminiño, pase absoluto perpétuo y gratuito en todos los coches.

¡Hace pocos días oímos decir á un conductor.

—Esto es una vergüenza. Hoy he llevado unas noventa personas sagradas en los coches, todas gratis con su pase, y... algunas sin él, pero es lo mismo, porque el infeliz que se atreve á decir algo á esas mujeres se encuentra multado al día siguiente.

—Pero ¿es posible? preguntamos.

—Tan cierto como que las Empresas no andan muy bien porque su administración es desastrosa; y luego esos privilegios... La otra noche, con la caja del vehículo completamente llena, más las plataformas, sólo cobré ¡á cuatro viajeros! Todos los demás eran, ó beatas disfrazadas (habían dado ya las once) ó frailes ídem, ó señorones neos, provistos de su correspondiente pase.

Recordamos, al oír esto, que en los ferrocarriles, por cada vago de primera y por cada tres de segunda, hay dos con pase gratuito.

Por eso hay que elevar los derechos á los simples mortales, no frailes, ni monjas, ni aristócratas, ni neos, para compensar esos derechos de gracia; y allí están los gobiernos tan complacientes y bonachones.

Siga el juego, mientras llega el día deseado de administrar á toda esa chusma el pase... definitivo.

¿HAY HOMBRES?

Es inútil negarlo; la decadencia de la raza está patente, y, por desgracia, se acentúa de día en día.

Estoy de acuerdo con todo lo escrito por la señora Guerrero, en su artículo inserto en *El Liberal* del 1.º de Mayo.

Es depresivo para la dignidad del hombre ocuparse en despachar telas y plumas, cortar vestidos, etc., etc., lo cual trae forzadamente aparejado el afeminamiento de que adolece el honrado gremio de horteras. Así se explica el odio que muchas personas sienten hacia la clase, y que creo justo.

Dejad, pues, mis queridos comerciantes, los oficios que fueron conferidos á las mujeres, diz que por altos designios de la Providencia, y así daréis un solemne mentís á los charlatanes que dicen á cada paso, que el hombre que roba atribuciones á una mujer, se confiesa más débil que ella.

E. SANJUANJO

El día 16 del mes pasado fué destruido por un incendio la iglesia de Aubervilliers (Francia.) ¿Qué anarquista infame, qué masón criminal, qué impío digno del garrote le prendió fuego? Pues el sacristán de la misma iglesia.

En vez de censurarle, tengo el gusto de enviarle mi humilde felicitación.

TODOS CONFORMES

¿Sabe usted, amigo Carlos González, por qué no inserté el artículo que me envió cuando fué sentenciado á muerte el asesino Lucas? Pues por evitarle á usted las molestias de un proceso, que indudablemente le hubiesen formado.

Si se hubiera limitado á decir, como decía, que á ser usted jurado ó juez, no se habría atrevido á condenar á un hombre que, por haberse confesado siete veces, estaba siete veces perdonado por el mismo Dios, para que nadie pudiera suponer que trataba de enmendarle la plana al Ser Supremo, no tenga usted la menor duda de que hubiera insertado íntegra su carta. Pero hacía en ella otras apreciaciones que de seguro no habrían pasado por la Aduana de la Fiscalía. En estos tiempos, como en todos, nada tan expuesto á percances como decir la verdad.

Por si no lo hubiese usted leído, voy á insertar á continuación lo que sobre este asunto dijo *La Correspondencia Militar*, bajo la firma de R. M.

«Hay un detalle en esa vista, tan espléndidamente relatada por los periódicos, que habrá hecho estremecer los huesos de todos los santos de la corte celestial: el asesino ha comulgado siete veces, confesado otras tantas, y no teme la muerte, seguro de que Dios le ha perdonado ó irá al cielo con la misma seguridad y éxito que arrancó la existencia á su víctima... ¡Ya no tiene que temer nada el pobrecillo de los demonios, que eran los únicos que le inspiraban pavor!...

¡Difundid, difundid esas doctrinas publicando aquellas declaraciones, y el fanatismo convertirá á algunos místicos en asesinos brutales, en héroes de la navaja ó del veneno, de la pistola ó del trabuco, y España acabará por transformarse en un presidio suelto, y los hombres honrados tendrán la existencia vendida y sus intereses expuestos á la codicia del primero que la sienta; porque... como confesando y comulgando Dios perdona siempre, en su magnanimidad sublime, al asesino y al ladrón, ¿qué importa robar?... ¿aseñar qué importa!...

¡Difundid, difundid esas doctrinas expo-

niendo determinados juicios, y la navaja llegará á ocupar el trono que se le está preparando sobre montones de víctimas inocentes que, si pudiesen, protestarían airadas del cielo y de la tierra al saber que Dios perdona galantemente á sus asesinos, porque habían confesado y comulgado como unos benditos varones que no han roto un plato en su vida!...

Como usted ve, el periodista que escribió eso, dijo cuanto se proponía, sin tropezar con el lapiz rojo, como tampoco el que en otro colega se arrancó por lo siguiente:

«No hay como ser fanático para tener la conciencia tranquila. Aun el criminal más empedernido muere sin temor, creyendo en la gloria eterna.

Así le sucede á un infeliz que se halla pendiente de pena enorme, por un horroroso asesinato que ha cometido. He aquí lo que dijo á un periodista que le visitó:

«No me asusta la pena que puedan imponerme; la espero con calma. Las penas del infierno son las que verdaderamente me asustan.

Ahora ya estoy tranquilo, porque el cura me ha dicho que como me he arrepentido de mi delito no debo tener ningún miedo, porque Dios, que siempre perdona, también me ha perdonado á mí. Por lo tanto, iré al cielo.»

Así es, que no es de extrañar que sean católicos los mayores criminales, y que bajo el manto clerical se cometan todos los desmanes.

Porque como arrepiéntendose Dios todo lo perdona, puede uno impunemente hacer todo el daño que quiera, en la convicción que no por eso deja uno de gozar de las bienaventuranzas del cielo.

¿Y decir que, ante esto, aún hay quien asegura que el clericalismo moraliza las costumbres, y hace á los hombres perfectos!»

Como usted ve, el que escribió lo último, el que escribió lo primero, usted, yo, estamos perfectamente de acuerdo; pero en la manera de decirlo está el quid.

Escriba usted con la gracia que robaba en aquel artículo, pero con más picardía periodística, y aquí están las columnas de *El Motín* á su disposición.

CÓMO SE PIERDEN LAS ALMAS

Bajo el emparado del huerto de la casa del alcalde estaban éste, su mujer, el cura y el médico echando su cotidiana mano de tute y apurando de paso un respetable jarro de lo añejo.

El Galeno se entendía con el alcalde y el pater con la alcaldesa.

Esta última pareja, quizás por aquello de que «...afortunado en amores», estaba de malas; quiero decir que perdía.

El alcalde y el médico estaban entusiasmados apuntándose partida tras partida; la alcaldesa se reía de cierto modo para disimular su contrariedad, pues su vanidad pueril de mujer estaba herida por la humillación de la pérdida, y el cura no podía dominar su mal humor que desfogaba soltando algún terno á uno u otro y descargando sendos golpes con los nudillos sobre la mesa al hacer las jugadas.

La alcaldesa hizo una seña expresiva al cura; éste tiró el as del palo de muestra, ganó la baza, y su compañera gritó alborozada:

—¡Tute rial!... —mostró los cuatro caballos.

—¡Ha sido usted un torpe, compadre!... —exclamó el alcalde dirigiéndose al médico: —¿por qué no salió usted de mano arrestrando con esa sota?

—¡Ha á replicar el aludido, cuando entró el alguacil diciendo:

—Señor alcalde, ahí á la salida del portillo, junto á la era del tío Macario, está muerto *Malaspulgas*.

—¡Jesús, qué hombre!... —exclamó la alcaldesa.

—¡Valiente hereje!... —refunfuñó el cura.

—Pero, vamos á ver—dijo, muy seriamente el alcalde—¿está muerto ó cómo?... Quiero decir, si está muerto de muerte natural.

—Sí, señor; los chicos del tío Macario y yo le hemos visto y no tiene señal ninguna de golpe ni de sangre.

—Bueno; pues te vas, y en la caja de los pobres, tío, el sacristán, el sepulturero y otro más por ahí, lo traéis y lo dejáis depositado hasta mañana en la parroquia...

—¡Alto ahí, señor alcalde! —gritó el cura—ni la caja, ni el sacristán, ni el sepulturero, ni cosa que huele á la Iglesia, tienen que hacer nada con el cuerpo de ese hereje. ¡No faltaba más!

—Pero, señor cura, si era un pobre hombre...

—Nada, nada; ha perdido su alma; su cuerpo no puede ir á sagrado.

—Tiene razón el señor cura—dijo la alcaldesa.

—Bueno, no hay que enfadarse—repuso mansamente el alcalde; y dirigiéndose al alguacil, añadió:

—Vete al carpintero, que junte cuatro tablas, y lleváis el cuerpo á una de las habitaciones vacías de la cárcel hasta mañana que se lo entierre.

—Pero no en el cementerio, ¿eh? —dijo el cura. Ha muerto impiente.

El alguacil salió á cumplir las órdenes superiores; y la partida de tute interrumpida continuó como si tal cosa hubiera ocurrido.

Al anoecer, el cura y el médico se levantaron para ir á sus casas respectivas.

Despidiéndose, dijo el alcalde al médico:

—¡Irá usted por allá á ver eso...

—¿El qué?

—El cadáver de *Malaspulgas*.

—¡Bah! ¿Para qué? —é hizo un gesto de repugnancia.

Al día siguiente muy temprano, cuatro gañanes dirigidos por el alguacil metieron en un hoyo cavado fuera de las tapias del cementerio el cadáver del tío *Malaspulgas*.

Había sido éste toda su vida un pobre hombre que llegó á viejo quedándose inútil para el trabajo; pero por su manía de no ir á misa se acaró la ojierza del cura y de la gente beata del pueblo, que lo era toda.

Murió de hambre y lo enterraron como á un perro.

Ocho días después, la partida de tute estaba más empeñada que nunca.

Esta vez perdían el alcalde y el médico y no podían sufrirlo con paciencia; éste creía menoscabada su reputación de docto y de sabio y aquél en ridículo su autoridad; además las cuchulietas de la pareja gananciosa eran mortificantes.

Les interrumpió también otro personaje: una

moza del pueblo que llegaba jadeante y dijo al médico:

—Doña Timotea se está muriendo.

El médico y el cura saltaron de su asiento.

—¿No puede ser! —exclamó el primero.

—¿Por qué no? —preguntó el otro; y añadió sentenciosamente: —Todos somos mortales.

—Si esta mañana la visité y estaba casi bien.

—Eso se le figuraría á usted.

—Vamos, vamos en seguida.

—Bueno, vamos; pero creo que si está muriéndose, quien hace falta allí soy yo—dijo el cura.

—Sin embargo, la ciencia tiene recursos...

—Déjese de ciencia; cuando llega ese trance, la religión, nada más que la religión...

Y partieron.

La señora estaba espirando. A pesar de que desde lejos se oía el estertor de la agonía, el médico la pulsó y examinó muy detenidamente, la hizo por fuerza tragar unas cucharadas de medicina y aun dijo que podría venir una crisis favorable.

Pero el cura, en el pleno ejercicio de sus funciones espirituales, se encerró solo con la enferma.

Salió á poco diciendo:

—¡Ha cumplido con su conciencia; preparen todo para que en la casa pueda recibirse dignamente al Señor, que voy á traer.

Las comadres y vecinas arreglaron un altar y encendieron todas las velas que había en la casa. Poco después el cura, el sacristán, los acólitos y casi todos los vecinos del pueblo con cirios encendidos, entraron con el Viático y los óleos.

Terminada la ceremonia, el cura y su acompañamiento volvieron á la iglesia. Media hora después, el pater estaba de vuelta á la cabecera de la moribunda, que le abandonó el médico conociendo que estaba allí demás.

Pasada la media noche, el cura asomó á la puerta de la sala donde estaban las vecinas y dijo con voz solemne:

—¡Recen ustedes por el alma de doña Timotea, por más que ha muerto como una santa. Seguramente está gozando de Dios.

Por la mañana el médico reconoció escrupulosamente el cadáver y extendió la certificación, en dándole una larga sarta de términos técnicos para decir que doña Timotea había muerto de una afección al hígado.

El párroco presidió el entierro; en la iglesia, toda enlutada, se puso el cadáver sobre un alto túmulo; sonó gravemente el órgano; entónse el de profundis; el cura no se haría de decir responsos y de soltar hisopazos de agua bendita sobre la caja; con igual pompa y aparato se trasladó el cuerpo de doña Timotea al cementerio, depositándolo en lugar preferente bajo la sombra de un corpulento y anoso ciprés.

Pasado el novenario se abrió el testamento.

La difunta dejaba sus muebles y ropas á dos criadas que había tenido á su servicio. Mandaba que se dieran cincuenta duros al médico por su asistencia. No teniendo herederos forzosos ni parientes cercanos, el resto de sus bienes lo legaba íntegro á un hospital de ancianos incurables de cierta ciudad que estaba á cuarenta leguas del pueblo. ¡Ni una mala manda para misas!

El presbítero, hecho un basilisco, salió del despacho del notario, murmurando:

—¡Me ha engañado como á un chino! Si yo sé esto, á cualquier hora... ¡Si estas viejas son lo más estúpidas! ¡Bruto de mí, que estaba creído!...

El alcalde, que le acompañaba, le dijo socarronamente:

—Señor cura, ¿ha visto usted qué piedad? Bien decía usted que era una santa. Todo para los pobresitos enfermicos...

—¡Vaya usted al diablo con la piedad! Y á mí, que le ha dirigido espiritualmente, que la he sacramentado, ayudándola á bien morir, y que le he hecho un entierro de primera ¡qué me parta un rayo! Si yo me huelo esto, la tal doña Timotea va á hacer compañía al tío *Malaspulgas*.

—Pero, señor cura, aquel era un hereje...

—Eso de acordarse del médico y de las criadas y no dejar una manda para sufragios, es una herejía; sí, señor; una verdadera herejía.

—Si que lo será—dijo el alcalde—pero al alma de doña Timotea, después de los sacramentos y de los responsos, no le habrá pasado lo que á la del tío *Malaspulgas*.

—De eso habría mucho que hablar, señor alcalde; para mí tan perdida está la una como la otra.

José CINTORA

¡DURO EN ELLOS!

De *La Correspondencia Militar*:

«Sabemos que se está formando una Sociedad, dirigida por jesuitas, cuyo fin es el de lograr que los jefes y oficiales del Ejército no acepten el duelo.

Como esto es indigno, no sólo de militares, sino de hombres, lo rechazamos con repugnancia y prometemos escribir mucho y extensamente contra esa Sociedad y sus fines.»

Si cumples pronto esa promesa, estimado colega, harás un gran servicio al Ejército.

Tampoco habría estado mal que lo hubieses dado un buen varapalo á aquellos dos militares que en Jerez cantaron hace poco la gallina, arrepiéntendose de haber sido testigos en un duelo y haciendo propósitos «de la enmienda.»

Porque esos, indudablemente, han influido en que los jesuitas se atrevan ya á lo que se atreven.

Pero, en fin, leña en los *loyolas*, ya que no temes perder suscripciones por meterte con ellos; pues no es en el Ejército donde menos servidores tienen hoy.

¡PLAGIARIOS!

Los turcos se pirran por imitarnos á los españoles.

Como aquí apedreamos á los protestantes en nombre del catolicismo, ellos revientan á los armenios en nombre de Mahoma, después de desvalijarlos con exagerados tributos, cual hacíamos aquí antaño con los judíos.

El tormento es empleado en las prisiones turcas contra las pobres víctimas con los mismos refinamientos que se empleaba en España en las cárceles del Santo Oficio.

Dos armenios, uno de ellos el prelado

Tokhoma Khiam, fueron atados á postes en forma de cruz, permaneciendo en esta situación 48 horas, estremecidos por el frío y devorados por la fiebre.

Como si no fuera bastante esta manera de atormentar á los infelices armenios, se les quemaron las carnes con hierros enrojecidos y se les apalca ferozmente, impidiendo á muchos dormir durante buen número de días, clavándoles puntas de cuchillos en las carnes, ó espinas entre uña y carne. Uno de los presos, para abreviar este género de suplicios suicidándose, se introdujo clavos en la cabeza y agujas en la garganta.

Como ejemplo de refinada crueldad, se refiere que las autoridades turcas cuelgan á los prisioneros del techo por el cuello, de modo que toquen con los pies en el suelo del calabozo, y como sólo pueden evitar la extrangulación suspendidos con las manos de la cuerda, hacen esfuerzos para conseguirlo, pero esta postura violentísima no se sostiene mucho tiempo, los brazos se debilitan y estira la cuerda hasta tocar en el suelo las puntas de los pies, que parece huir á su contacto y sentir la víctima de nuevo la asfixia.

No están mal, no están mal del todo; pero, francamente, fuerza es reconocer que les falta mucho para igualarnos: hablen por nosotros la Inquisición ayer y Montjuich hoy.

Verdad que ellos no pueden alcanzar el grado de perfección que nosotros, porque los desdichados no son católicos apostólicos romanos.

¿Y lo que lo sentirán!

En pastoral visita llegó el obispo de Jaen al pueblo de Pelagajar, donde confirmó á una porción de chicos. Y un católico, después de describir la ceremonia, exclama todo conmovido y admirado:

«Durante el tiempo que S. E. I. ha permanecido en esta hospitalaria y religiosa población, no se ha visto un solo caso de embriaguez.»

Será por virtud especial de ese obispo; porque en Madrid tenemos dos de quieto, y siempre tres ó cuatro volanderos, y además Nuncio, y toman los ciudadanos cada borrachera que canta el credo.

Es ya llegar al colmo de la barbarie y de la adulación indecente, el suponer que los obispos influyen hasta en las borracheras.

¡Todos á la caldera!

El obispo de Badajoz ha prohibido la lectura de periódicos liberales, sin exceptuar ninguno. Y allá va la prueba:

«GOBIERNO ECLESIASTICO (S. P.) DEL OBISPADO DE BADAJOZ

En vista de la ruina espiritual que causa en las almas la prensa librepensadora y liberal, sobre todo cuando los llamados á condenarla fomentan su difusión con el ejemplo, vengo en decretar lo siguiente.

Artículo 1.º Prohibido bajo pena de suspensión al clero de esta diócesis, que se suscriba á periódicos liberales, ó los tome de los repartidores.

Art. 2.º No se levantará esta suspensión sin que previamente se condene el liberalismo y se repare en el escándalo dado á los fieles.

Los sacerdotes tienen bien definida su política en la Sagrada Escritura y en las obras de los Santos Padres, pudiendo además apagar su sed de información con la lectura de periódicos católicos, nutridos de doctrina sana y de noticias útiles al cristiano.

Badajoz á 28 de Abril de 1900.

El gobernador eclesiástico, S. P., Próspero Tuñón de la Escosura.»

ral tiene recompuesto el cuadro de sus soldados, «su ingenio, juicio y prudencia, experiencia en las cosas, aprovechamiento científico, complejidad natural y aptitudes». Este servicio es anual: es una especie de censo.

Cada medio año los superiores de las casas han de enviar un segundo catálogo suplemento del primero, y el catálogo de las ocupaciones que cada individuo esté desempeñando. El catálogo anual se envía directamente al general; los suplementos y el catálogo semestral, los superiores deben enviarlos al provincial, y éste al general en el mes de Enero, con el suplemento de toda la provincia.

En cada casa hay uno que podríamos llamar cronista, que diariamente anota los sucesos. Los prefectos de iglesias, colegios, «de las cosas espirituales, congregaciones y otros por el estilo» deben comunicar al cronista los sucesos importantes de sus respectivos departamentos, cada trimestre (número 26). Los rectores escogen lo más notable, y a fin de año lo notifican al provincial. Los provinciales, quitando o añadiendo aquello que les pareciere, en el mes de Enero de cada año enviarán la historia al general: «Ante todo debe preverse con toda diligencia, que por ninguna razón en estos capítulos (y en otros); en éstos ya es otra cosa) se hable de cosa alguna perteneciente al Sacramento de la confesión, y que se omita todo aquello que por cualquiera razón requiera secreto, y de cuya narración pudiera en derecho ofenderse alguna persona (número 27).

Esta carta anual, que no es el catálogo, trata de tres cosas: 1.ª «del aprovechamiento de los nuestros»; 2.ª «de los ministerios de la Compañía para con los próximos en el púlpito, catequismo, ejercicios espirituales, litúrgicos, confesiones, y 3.ª «de la fama de la Compañía y de sus contradicciones y de las cosas «questradas», pero no de nuestros amigos, o de poco interés para «los nuestros». «Lo que no se pueda publicar por su delicadeza, deberá escribirse aparte.»

Todos los individuos pueden dirigirse al General; pero cuando quieran tratar cosas secretas, lo harán bajo la clave que el General les indique.

Tenemos, pues, que todos los ministerios de los jesuitas, sirven para informar al General, incluso el confesionario. Dirán que es falso. Los que hablan en falso son ellos, y los que nos desmientan deben probar la falsedad. Vamos a demostrar que es cierto.

En el número 27 de esta fórmula se dice que nada se diga perteneciente al Sacramento de la confesión, EN ESTOS CAPÍTULOS, o sean las cartas anuales, ni nada que no pueda publicarse. Se trata, pues, de una excepción en estos capítulos. Excusatio non petita, accusatio manifesta. Esa excepción «en estos capítulos» indica con toda claridad, que en otros capítulos se puede hablar de las cosas de confesión, indicio que se corrobora con cuatro argumentos:

1.ª Por lo que dice en el número 30, hablando todavía de estas Cartas anuales, a saber: «cuando ocurra alguna cosa digna de mención, que no pueda publicarse a todos por alguna causa, escribiendo por separado entera y perfectamente, y en la común narración, o lo callarán del todo o tan sólo tocarán aquello que pueda servir de edificación». Es así que una de las causas que impiden la publicación, y la principal de ellas, según advierte el número 27, es la confesión sacramental. Luego, aún lo que por tal causa debe callarse en estos capítulos, podrá decirse separadamente.

2.ª En la rendición de cuentas de conciencia semestral, San Ignacio quiso que a los cuentadantes se les garantizase el secreto sacramental, si así lo pedían.

Es así que actualmente los superiores tienen orden secreta de comunicar lo que por ese medio indaguen, y en la rendición de conciencia puede el superior pedir cuenta a los confesores de las cosas pertenecientes a la confesión; luego separadamente puede anunciar al general los secretos de confesión.

3.ª Las consultas de conciencia obligan a secreto casi sacramental. Es así que en la Instrucción «De Liberalismi impugnacione» se manda que el jesuita consultado eleve al superior la consulta de conciencia que se le haga; luego está plenamente probado que la Compañía quebranta el sigilo de conciencia casi sacramental. Lo mismo puede decirse de las consultas de los confesores regios.

4.ª La historia comprueba que los jesuitas escriben las confesiones de sus penitentes, cuando los interesa. Esas notas de confesión comunicadas al superior, han sido sorprendidas más de una vez. Testigo excepcional es el arzobispo de Burgos, señor Rodríguez de Arellano, que así lo acredita en su Pastoral titulada Doctrina de los Espulsos.

Calólese ahora el espionaje que por ese solo medio ejercen sobre la sociedad. Los los ministerios les sirven, incluso el confesionario; y el que esto nadie sin presentar pruebas, o es un necio o un villano que se empeña en no ver la luz, o en negarla después de verla. Las visitas, misiones, ejercicios y congregaciones, les sirven para este objeto.

Cada penitente de los jesuitas, (Ministerios externos), es, pues, un espía puesto a sus órdenes. Ellos tienen esos espías en las oficinas públicas, en las agencias de negocios, en el comercio y en la Banca. Cada confesionario es un centro de información. Diariamente se anotan los penitentes que allí acuden. Hay jesuitas, que para no perder la cuenta usan reloj contador: otros se sirven, para este oficio, de las cuentas del rosario...

Y aun hay más espías, involuntarios o no, pero utilísimos, que enumeraremos en el artículo siguiente.

EL URBINO

Los obreros y los carlistas

Un periódico carca de Oviedo, titulado *La Cruz* de no sé qué, juzga la fiesta del 1.º de Mayo en esta forma:

«En toda festividad ejercen el primer papel los sacerdotes. ¿Quiénes son los sacerdotes de esta fiesta? ¿Quién les dio la investidura? ¿De quién reciben la misión?»

«Honrarlos en el dictado de hijos del trabajo pasando el día en la disipación y acaso, acaso en el vicio, es desmentir lo que proclaman, es burlarse con sarcasmo cruel de quienes con el sudor de su rostro ganan el pan de sus hijos.»

«... quienes no saben trabajar, quienes no tienen oficio, quienes viven de la candidez ajena predicando lo que no creen, alardeando de víctimas y comiendo, bebiendo y triunfando del perro chico que arrancan al embudo jornalero!»

«Charlatanes que no trabajan, menestrales que frecuentan la taberna más que

el taller, corredores de novelas ruines, vagos de profesión, promueven la fiesta del trabajo.»

¿Con que todo eso sois, obreros que festejáis el 1.º de Mayo?

¿Con que para todo eso tenéis, acaparadores de jornales de a dos pesetas?

¡Ah, sibaritas! Ahora comprendo por qué no os metéis a frailes, a pesar de que no se os ocultan las ventajas que ese oficio proporciona: no trabajar, vivir bien alimentados, estar en íntimas y constantes relaciones con los siete pecados capitales...

Y yo que lo atribuí a que érais honrados y teníais vergüenza!

¿Cuánto yerla la débil razón humana en sus juicios!

Barbaridades loyolescas

¿Que por donde le enfiló el P. Genáriz, para preparar los presos del Penal de Santoña a confesarse? Por una diatriba tremenda contra Riego, Prim y Topete, a quienes echó la culpa de cuantos males sufre España.

Después, olvidándose de lo que había dicho, endosó toda la culpa a 17 presos que había en Bilbao el año anterior, y que se negaron, según él, a confesar y comulgar: «estos, estos, decía, han hecho que caigan sobre España toda suerte de calamidades».

Tiene razón el buen jesuita. Esos presos son los que nos han llevado al abismo, constituyendo grandes empresas acaparadoras y explotadoras; esos presos han dictado reales órdenes protegiendo intereses bastardos; esos presos se comieron los millones destinados a la construcción de barcos y a proveer de material de guerra a nuestro ejército; esos presos, por vivir con la esplendidez que viven, adquirir acciones del Banco, comprar magníficos palacios y soberbias fincas, son la causa única de que España se vea como se ve; esos presos, en fin, por embrutecer, fanatizar y saquear las poblaciones, nos han traído a este miserable estado.

¿Pero qué brutos o qué cínicos son los jesuitas de escalera abajo, esos que destinan a barbarizar por los púlpitos! Aunque más brutos son los que van a oírlos.

Sin que me refiera a este caso, porque los pobres presos no tienen otro remedio que escuchar al jesuita que le suelta.

Al botarse al agua en Cádiz el crucero *Extremadura*, exclamó el obispo de la diócesis después de ponderar la grandiosidad del acto y decir que contaba con la protección de la Iglesia:

«Nada prospera sin las bendiciones del Señor.»

¿Quién puede negar una verdad tan palmaria? Nadie que tenga sentido común, a menos que recuerde esto:

«Todos los buques perdidos en la guerra con los yanquis, fueron bendecidos al botarse al agua.»

EL SERMON

CUENTO

Pues señor... llegó la fiesta del pueblo de Villaseñal, y los vecinos se prepararon a festejar al santo patrono con todo el esplendor que santo tan grande mereciera.

Entre los festejos que en honor del patrono habían de realizarse, figuraba el indispensable sermón, y aquel año el ayuntamiento de Villaseñal se propuso que la oración sagrada fuera digna de la importancia del pueblo; a este fin una comisión del concejo, visitó al sacerdote más elocuente que había en veinte leguas a la redonda, para rogarle que se encargara de dirigir la palabra a los feligreses de Villaseñal en día tan señalado.

Aceptado el ruego por el sacerdote, llegó la víspera de la fiesta, y con ella el orador a Villaseñal.

El padre Juan—que así se llamaba el cura predicador—se alojó en la casa de un amigo de la infancia, hombre rico, gran usurero, que a fuerza de estrujar el bolsillo ajeno había llegado a adquirir una posición elevadísima.

Después de cenar, hablaron los dos amigos del estado de la localidad, de sus necesidades, de sus vicios y de los remedios más oportunos para mejorar la suerte de los vecinos de Villaseñal.

El predicador tenía el propósito de suspirar en el sermón del día siguiente los vicios que más arraigo tuvieran en Villaseñal. A este fin quiso informarse de su amigo don Ramón.

—La usura, amigo mío, la usura es una de las cosas a que más atención debes prestar en el sermón de mañana. Hasta hace poco eran muy contados los que se dedicaban al préstamo, pero hoy hay un verdadero ejército de usureros, cuya plaga es menester extirpar.

—¡Pero a ese extremo ha llegado el pueblo!—decía el P. Juan.

—A un extremo desconsolador. Hoy existen en Villaseñal más de veinte vecinos que se dedican a ese tráfico.

Quedóse pensativo el cura, y poco después se retiraba a su habitación, no sin antes prometer a don Ramón que al día siguiente, desde el púlpito, lanzaría una buena filípica sobre los despiadados usureros.

El P. Juan despedía rayos de sus ojos brillantes; su acción era enérgica; su palabra, fácil y elocuentísima, llegaba hasta el

alma, a manera de poderoso antiséptico, limpiando las podridas conciencias de aquel misero Villaseñal; el silencio en la iglesia era completo, y los fieles, atentos a escuchar la palabra divina, parecían figuras de mármol, inmóviles, sugestionadas por la ardorosa palabra del ministro de Dios.

Por fin terminó el discurso, y al entrar en la sacristía fué abrazado por el alcalde y concejales de Villaseñal.

—¡Cuánto bien ha hecho usted a este pueblo con el sermón de hoy!—decía al cura la primera autoridad del pueblo.

Todo era felicitaciones y abrazos, por parte de aquellos villaseñaleses, que habían visto en el P. Juan el apóstol que cambiara con su elocuencia la manera de ser de aquella falange de usureros, bajo cuya férula iban muriendo lentamente.

Poco después salía el P. Juan de la iglesia y se encaminaba a su alojamiento, cuando le salió al encuentro un su amigo, también del tiempo viejo, que, sabedor de que el predicador se hospedaba en casa del gran usurero don Ramón, no pudo por menos de interponerle: «¿Cómo, siendo huésped de éste, había tenido tanta dureza al flagelar a los usureros?»

El bueno del cura se sorprendió no poco, al saber que don Ramón era en Villaseñal algo así como el gran maestro del gremio de usureros. Y su sorpresa subió de punto, cuando al entrar en casa vió a don Ramón venir a él, con los brazos abiertos, felicitándole por su triunfo.

—¿Qué misterio hay aquí?—se preguntaba el P. Juan; recomendarme un sermón contra la usura el usurero más inhumano de la comarca, según expresión de otro amigo de Villaseñal...

El pobre empezó disculpándose delante de don Ramón por su excesiva dureza. Si, lo reconocía... había estado muy fuerte, demasiado fuerte... Pero él no podía contener una vez que entraba en calor... y ve ahí... Si... es censurable... harto censurable, eso de la usura... pero se pueden decir las cosas con más suavidad.

Y todo esto lo decía el sacerdote, no porque lo sintiera, sino por pura cortesía para con el amigo que de manera tan cariñosa le había hospedado en su casa.

Estas consideraciones hacía el P. Juan, cuando fué interrumpido por don Ramón. —¡Ojá, no, hombre; si no has estado duro ni Cristo que lo valga; blando, muy blando te has conducido contra la usura! Hace algunos años, se podía vivir en este país, gracias a eso; el dinero se lo quitaban a uno de las manos, a un 50 ó un 60 por 100; pero hoy, hoy ya se dedican al negocio muchos que tienen la avilantez de darlo a un 20 ó menos. Ya ves cómo has debido emplear más dureza aún, a ver si así lo dejaban esos mendigos.

J. GONZÁLEZ CASTRO

...y no por mi casa

Un francés se vino en el tren sin billete desde *Vallecas a Madrid*, con el criminal propósito de estafar a la pobre Compañía; y el miserable, para dar muestra clara de que buscaba la ruina de la empresa, en vez de ocupar un asiento de primera clase, ocupó, llevando su perversidad hasta el extremo, uno de tercera. (¡Noventa céntimos!)

Pero la Providencia, que vela por las víctimas, hizo que la infamia del francés se descubriera, que fuese preso y procesado, y que, después de pasarse siete meses en la cárcel, haya enido el gusto de oír que el fiscal ha pedido que permanezca tres meses más a la sombra.

Problema: Si esa empresa que tan dura se muestra con un infeliz por noventa céntimos, pague en días de prisión los millones que retiene indebidamente por varios conceptos, ¿cuántos siglos tendría que estar en la cárcel? 9.999.999.

Siempre lo mismo. Justicia y no por mi casa.

Cómo se hace un jesuita

No hay más que dos terrenos que produzcan hoy esa fruta: los seminarios y colegios; los distritos rurales.

Hoy siempre en los centros de enseñanza donde viven reunidos muchos chicos, algunos de éstos que se distinguen por su piedad y devoción sin límites.

Mientras los otros escriben fraudulentas misivas a todas las muchachas de la localidad, las cuales, dicho sea de paso, suelen morir por una solana bien llevada o un uniforme de colegial, mientras ocultan cuidadosamente a los ojos de los superiores fotografías un si es no es prolanas, se pirran por fumar los puros más grandes y fuertes y por beber los licores más alcohólicos; los fervorosos organizan coros de celadores del Corazón de Jesús; tienen un padre espiritual a quien adoran y confían hasta los secretos más recónditos de su alma; se reparten con delicia los cargos que de cerca sirven para los esplendores del culto, y ora forman preciosos ramilletes de dorado papel para el altar, ora recogen artísticamente una sabanilla con lazos de color de rosa; ya visten a una imagen de San Luis Gonzaga el rizado y blanquísimo roquete, ya perfuman la casulla de brillante lisú que ha de vestir el padre Rector en la solemne misa de comunión.

Toman inmediatamente la costumbre de hablar con los ojos fijos en tierra; de cruzar las manos sobre el pecho; de andar con paso menudito; de aborrecer todos, todo lo que siquiera huelga a mujer.

Traban íntimas y espirituales amistades unos con otros, amistades en que hay celos, escenas violentas y reconciliaciones.

Sienten ó aparentan sentir veneración especial

por San Ignacio de Loyola, San Luis Gonzaga y el mellizo Corazón de Jesús.

De esto al noviciado de la Compañía no hay más que un paso, y el paso no tarda mucho en darse.

Estos devotos jóvenes llegan, pues, a Loyola, a Granada ó Veruela; son encerrados en un cuarto del que no salen más que para hablar con los superiores ó con un novicio que se les designa para acompañante con el nombre de ángel de la guarda. Suele el tal ángel tener enormes pies, gruesas manos y colorado rostro de gañán.

Un día, día de gozo para toda la comunidad, el postulante viste la sotana, ó mejor dicho, le meten en un saco de feo paño, le calzan unos destrozados, ciñenle la cintura con un orillo del que sobra del paño y adórnalo con un pedazo de graso fieltro al que, por una atrevida licencia poética, se llama sombrero y ya ha pasado por una porción de cabezas más ó menos jóvenes y más ó menos limpias.

En esta elegante toilette ha de pasar el jesuita dos años. Durante ellos no estudia absolutamente, antes olvida lo poco que aprendido tuviera; se da por completo a la práctica de los ejercicios espirituales, hace largas y continuas meditaciones y se aviesa a la práctica de las virtudes heroicas.

Para el ejercicio de la meditación cuenta desde luego con la poderosa ayuda y sabia dirección del maestro de novicios. Este, todas las noches, ó casi todas, da puntos para la meditación del siguiente día. Suelen ser á este tenor:

«Mañana vamos a meditar, hermanos míos, de las virtudes del glorioso Estanislao de Kostka. Veamos aquella cara angelical, aquella compostura admirable, aquella guarda sublime de la castidad que le hizo no mirar siquiera a ninguna mujer; aquel deseo de entrar en la Compañía.

Empapémonos bien, hermanos míos, en el espíritu de joven tan angelical. Veámosle presente por medio de la imaginación.

¿Cómo andará? ¿Cómo se sentaría a comer?

¿Cómo tendría la recreación? ¿En qué actitud tan serafica tendría la meditación? ¿Cómo se acostaría y con qué santidad y recato estaría en la cama?

¿Cómo estamos nosotros? ¿Qué hacemos allí?

Sábelo Dios.

Acabemos la meditación con un coloquio. Pidamos a nuestro santo patrono que apague en nuestro ser el fuego de la concupiscencia; que nos convierta en ángeles y no permita que jamás nos acerquemos a ninguna mujer.

Ocupado en estos santos ejercicios y meditaciones pasa el jesuita sus dos años con grande utilidad para la patria y la civilización, y luego, previos unos votos por los cuales él no puede salirse de la Compañía, pero la Compañía lo puede echar, pasa al estudiantado.

¿Qué estudiantado, cielos santos! Un atracán de versos del Nebrija. *Mascula sunt viribus que dantur nomina solum.*

Con respecto a literatura, como todos los escritores y poetas contemporáneos están inficionados por el virus liberalesco, allí no se hace más que aprenderse algún tono de retórica compuesto por los mismos padres y leer discursos de Gabino Tejedo, artículos de Nocedal y versos de Carulla. La Biblia en verso anda de mano en mano; los que soltaran el azadón ó las flores de trapo para entrar en la Compañía, se extasiaban cuando el profesor de retórica les lee algún discurso de esos de: «¡Ah, señores; aquellos eran los tiempos en que el sol no se ponía en los dominios españoles! Y ¿por qué no se ponía? Pues no se ponía, ni podía ponerse, ni se hubiera puesto nunca, porque Santa Teresa tenía revelaciones en Ávila y a San Juan de la Cruz le azotaban los demonios en Toledo. Porque teníamos fe.

Ahora, en cambio, se ha puesto y se pone y seguirá poniéndose, porque hay quien no compra placas del Corazón delicito y melitito y quien no lee el *Siglo Futuro*.

El mismo profesor de retórica declama ante sus discípulos aquello de

«¡Oh amado, ¡oh seastea!»

ó de

«Que muero porque no muero»

ó algún pareado de Carulla como el que dice:

«Arroja Jesús del templo

a unos hombres con destempero.»

En los estudios filosóficos guardáranse los jesuitas como de la peste de tocar si quiera las obras de Kant, Hegel, Leibnitz y mucho más las de los contemporáneos como Lombroso, etc., etc.

Estudian, sí, cuidadosamente la diferencia entre la esencia y la existencia; dilucidan si se da ó no número infinito, y disputan calorosamente sobre si la persona se distingue de la naturaleza con distinción real ó distinción de razón.

Con esta ciencia, este arte y esta literatura pasan los jesuitas á educar á la juventud aristocrática en los colegios.

Así se ha formado esa juventud brillante que guía caballos, sufre batacazos en la bicicleta, luce escarpaduras en las congregaciones y abomina de las mujeres.

El jesuita se da el último baño de perfección, por decirlo así, en la tercera probación.

Allí lee las Constituciones, aprende que una de las acciones más nobles que puede practicar el hombre es la delación; empieza á amar los intereses de la Compañía al extremo de que por ellos sacrifique todo, el amor patrio, el de sus padres y el de sus amigos; hácese profesor en el arte de fingir y engañar; recibe noticias de los medios con que cuenta la orden para llevar á cabo sus empresas, y sobre todo jura fidelidad absoluta á la causa de la reacción más bestial con inclinación y todo, y odio á muerte á toda civilización, cultura y toda libertad.

Los jesuitas son después divididos en varias clases: la de los que *llevan la bota*; la de los que *llevan la escalera* y la de aquellos que se destinan á mártires del Japón.

GIL BLAS DE SANTALLANA

La situación del gobierno ante el clero, juzgada por *El Correo Militar*:

«En Francia, cuando un individuo del clero ataca al régimen vigente ó al Gobierno, éste, por primera providencia y como corrección, le suprime el sueldo.

Pero en España somos más liberales que los republicanos franceses, sin duda por eso de las conquistas democráticas de la Septembrina.

Pues nada, que cuando un canónigo como el señor Oñil se desata en inventivas contra la unidad nacional, le seguimos pagando el sueldo, y, si acaso, se apunta su nombre en el cuaderno de recomendados para el ascenso á obispos.»

Me complace mucho el ver que la prensa militar arrecia en sus ataques al clericalismo. Es casi el único síntoma consolador de estos tiempos.

LA INFANCIA

¡Infancia, hermosa infancia! ¡Tiempo dichoso que no volverá jamás! ¿Cómo no amarla? ¿Cómo no acariciar su recuerdo? Este recuerdo refresca y levanta mi alma; es para mí la fuente de los mejores gozos.

Me acuerdo bien que cuando estaba cansado de correr, iba á sentarme delante de la mesa de té, en mi silloncito alto de niño. Era ya tarde, había acabado hacía ya mucho tiempo mi taza de leche con azúcar y mis ojos se cerraban de sueño; pero no me movía; me estaba quieto y escuchaba. ¿Cómo no escuchar? Mamá habla con una de las personas presentes, y el sonido de su voz ¡es tan dulce, tan amable! ¡El sólo me dice tantas cosas!

La miro fijamente con ojos enturbiados por el sueño, y de pronto se hace pequeña, muy pequeña; su cara no es mayor que uno de mis botones, pero queda clara; veo que mamá me mira y que sonrío. Encuentro divertido tener una mamá tan pequeña. Entorno todavía más los párpados, y ella disminuye, disminuye... se hace no mayor que los niños que se ven en el fondo de los ojos de las gentes.

Pero me he movido y se ha roto el encanto. Entorno de nuevo los ojos, cambio de postura, me doy mucho trabajo para evocar otra vez el encanto; mas en vano.

Me dejo deslizar hasta el suelo, y me voy muy dulcemente á acostarme con mucha comodidad en un gran sillón.

—Te duermes, Nicolasio!—me dice mamá.—Mejor harías en acostarte.

—No tengo gana de dormir, mamá.

Ensueños vagos, pero deliciosos, llenan mi imaginación, el buen sueño de la infancia cierra mis párpados, y al cabo de un instante estoy dormido. Siento sobre mí, á través de mi sueño, una mano delicada; la reconozco sólo en la manera de tocar, y, aun dormido, la cojo y la oprimó con fuerza sobre mis lábios.

Todo el mundo se ha dispersado. Una sola bujía arde en el salón. Mamá ha dicho que ella se encargaba de despertarme. Se embute en el sillón en que duermo, pasa su bella mano fina por entre mis cabellos, se inclina á mi oído y murmura con su linda voz, que reconozco tan bien: «Levántate, alma mía; ya es hora de ir á acostarse.»

Ninguna mirada indiferente le estorba; no teme derramar sobre mí toda su ternura y todo su amor. Yo no me muevo, pero beso su mano aún con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Pone la mano en mi cuello, y me acaricia con sus afilados dedos. El salón, silencioso, está en una semiobscuridad; mis nervios son excitados por las caricias y el despertar; mamá está sentada junto á mí; me toca, siento su perfume y oigo su voz; me levanto de un salto, le echo los brazos al cuello, me aprieto contra su pecho murmurando: «¡Oh, mamá, querida mamá, cuánto te quiero!»

Ella sonrte con su sonrisa triste y encantadora, coje mi cabeza con las dos manos, me besa en la frente y me sienta en sus rodillas.

—¿Me quieres mucho?—Se calla un instante: luego continúa:—Mira, quídemle siempre; no me olvides nunca. Si no tuvieras ya á tu mamá, ¿verdad que no la olvidarías? ¿Dí, Nicolasio mío?

Me besa aún más tiernamente. Yo exclamo:

—¡Oh, no digas eso, mamá querida, mamá mía!

Beso sus rodillas, y arroyos de lágrimas brotan de mis ojos en un transporte de amor.

Después de mi rezo, voy á acurrucarme entre mis sábanas, el alma en paz y el corazón ligero. Las imágenes se empujan unas á otras en mi cabeza; ¿qué representan? Son inaccesibles, pero llenas de puro amor y de luminosas esperanzas de dicha. Pienso en Karl Ivanovich y en su amarga suerte. Este es el único hombre desgraciado que conozco, y me da tanta lástima, me siento dominado por él de tal ternura, que las lágrimas brotan de mis ojos y me digo: «¡Que Dios le dé la felicidad! ¡Que me dé el poder de socorrerle y de aliviar su dolor! Etoy dispuesto á sacrificarlo todo por él.» Pienso en seguida en mi juguete favorito, un conijito ó un perrito de porcelana; lo he metido bajo mi almohada de pluma y ádivino lo bien que está allí y qué caliente.

Luego todavía una oración en que pido á Dios que todo el mundo sea dichoso y esté contento, y que haga buen día mañana para el paseo; me vuelvo del otro lado; las ideas y los sueños se mezclan y se confunden, y me duermo dulcemente, apaciblemente, el rostro húmedo todavía de lágrimas.

¡Volverás á encontrar jamás la frescura, la desprecupación, la necesidad de cariño y la le de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que las dos primeras de todas las virtudes, la alegría inocente y la sed insaciable de cariño, eran los resortes de tu vida?

¿Dónde están aquellas ardientes plegarias? ¿Dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? El ángel del consuelo acudía, enjugaba tus lágrimas con una sonrisa y murmuraba dulces sueños á la imaginación inocente del niño.

La vida ha pateado tan pesadamente sobre mi corazón, que ya no podré jamás conocer aquellas lágrimas y aquellos transportes. ¡No me quedan más que los recuerdos!

TOLSTOY

ULTIMA HORA

El cierre de tiendas ha sido completo en Madrid y en casi toda España.

Ha habido tiros y cargas de caballería en Valencia, resultando muerto el joven Emilio Serrano.

Idem id. en Sevilla, resultando muchos heridos.

Barricadas en Barcelona, cargas de caballería, muertos, heridos...

¡Pobre República del 73! ¡Qué calamidad fuiste!

Para desórdenes, los de ahora. ¡Y ande el movimiento!

NUEVA EDICIÓN

CELEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de *El Motin*